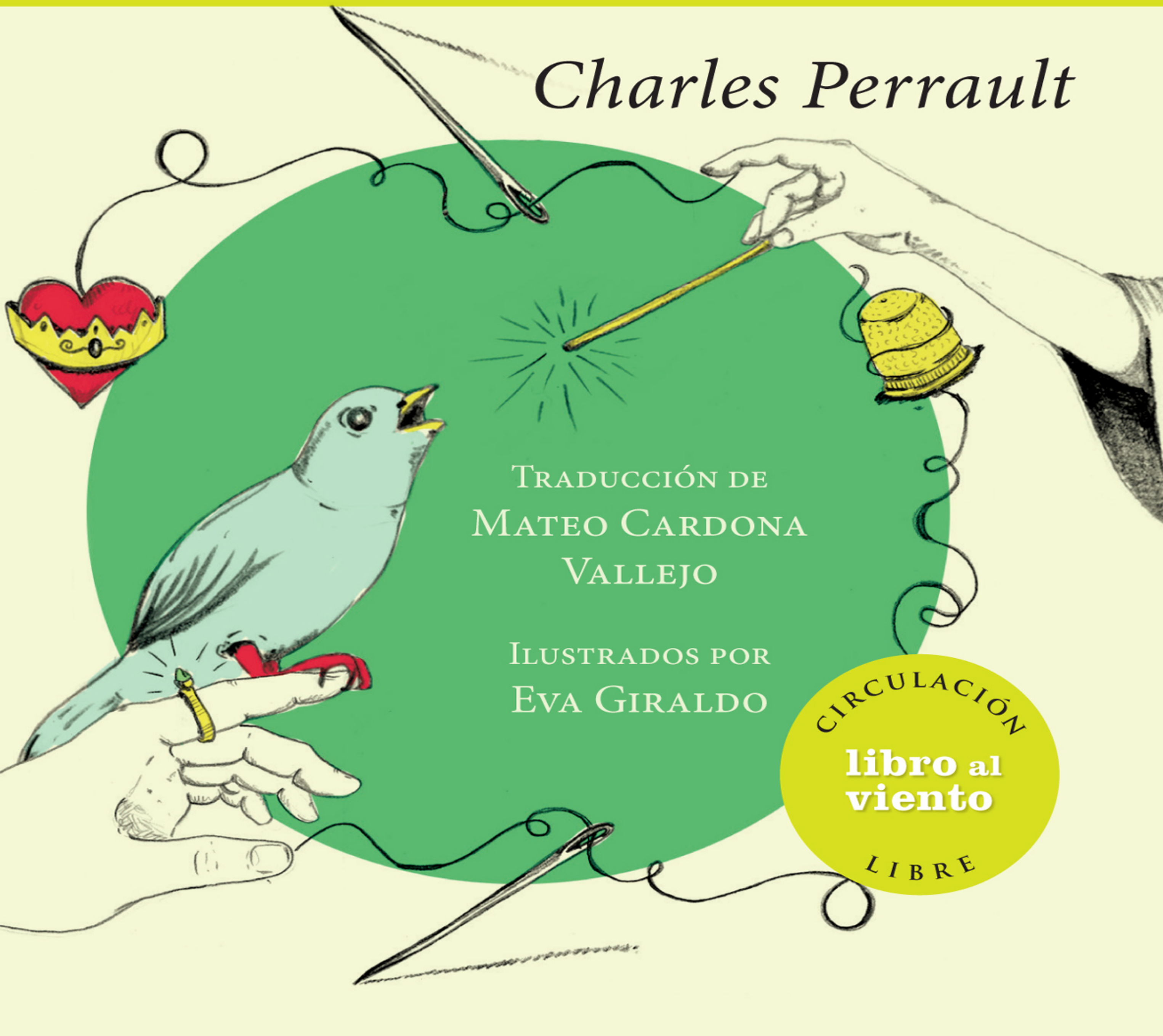
# «Piel de asno» y otros cuentos

*Charles Perrault*



Traducción de
Mateo Cardona Vallejo

Ilustrados por
Eva Giraldo

Circulación
libro al viento
libre

libro al viento

Una campaña de fomento
a la lectura de la Secretaría
de Cultura, Recreación y Deporte
y el Instituto Distrital
de las Artes – Idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

Circulación libro al viento libre

# «Piel de asno» y otros cuentos

*Charles Perrault*

Traducción de
Mateo Cardona Vallejo

Ilustrados por
Eva Giraldo



Primera edición: Bogotá, abril de 2017


Este libro fue publicado con el apoyo de la Embajada de Francia, en el marco del Año Colombia-Francia 2017.


ANTONIO GARCÍA ÁNGEL, Editor
ÓSCAR PINTO SIABATTO, Diseño + diagramación
ELIBROS EDITORIAL, Producción ebook
978-958-8997-39-1, ISBN (impreso)
978-958-8997-40-7, ISBN (epub)

GERENCIA DE LITERATURA IDARTES
Calle 8 No. 8-52
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contáctenos@idartes.gov.co
f @LibroAlViento f Gerencia Literatura Idartes t @Libro_Al_Viento

# Contenido



# PERRAULT,
# SALVADO DEL OLVIDO

LOS *CUENTOS DE ANTAÑO* (1697), de Charles Perrault, son una mínima parte de su producción, que comprende en total 46 obras. Como era un cortesano cuyo rango y prebendas dependían del rey, su pluma se empleó primordialmente en escribir odas, loas, panegíricos y mil variedades de exaltaciones a Luis XIV. Perrault (1628-1703) era lo que hoy podría llamarse un ministro de propaganda o director de imagen del régimen absolutista y centralizado que encabezó este rey autoritario, expansionista y a la vez protector de las artes.

Para celebrar el éxito de la operación de la fístula que le fue practicada al rey, la Academia Francesa se reúne el 27 de enero de 1687. Después del tedeum y diversas arengas, el abate de Lavau se pone de pie y lee un poema titulado «El siglo de Luis el Grande», cuya autoría es de Perrault. Desde el exordio, algunos académicos comenzaron a crisparse:

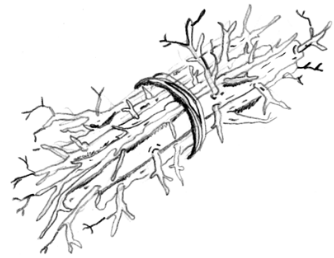
*La belle Antiquité fut Toujuors vénérable*
*Mais je ne crois jamais qu'elle fut adorable*
[...]
*Et l'on peut comparer sans crainde d'etre injuste*
*Le siècle de Louis au beau Siècle d'Auguste.*

Según la atinada traducción de César Guiñazú, sería:

*La bella antigüedad siempre fue venerable*
*Pero no creo que nunca haya sido adorable*
[...]
*Y podemos comparar sin miedo a ser injustos*
*El siglo de Luis con el siglo de Augusto.*

Perrault exaltaba al siglo de Luis XIV como el de un momento de esplendor tal que era comparable al de la Roma clásica. Era, en realidad, un manifiesto vanguardista, uno de muchos que hubo antes y que vinieron después en las artes y la literatura, una ruptura con la tradición. El futuro cuentista soltó esta provocación e inició la que sería conocida como «Querella entre antiguos y modernos». Pero el hábil Perrault puso su ofensa al amparo del rey, pues quien alegara que los artistas del momento no eran tan buenos como los grandes maestros del clasicismo estaba al tiempo atacando la grandeza del rey Luis XIV. Nicolás Boileau, el principal crítico de poesía del siglo XVII, abandonó la sala antes de que se terminara de leer el poema. Racine también se molestó con Perrault, pero quizá porque éste no lo mencionó entre los modernos. A Boileau y Racine se sumaron Jean de La Fontaine y Jean de la Bruyère en el bando de los «antiguos», mientras que Bernard Bovier de Fontenelle y Jean Desmarets de Saint-Sorlin cerraron filas junto a Perrault en el bando de los «modernos».

En una huida hacia adelante, Perrault publicó en 1688, en cuatro tomos, su *Paralelo de los antiguos y los modernos*, en el que pretendía equiparar a los artistas del Siglo de Luis a los del Siglo de Augusto, y de esa manera elevó a *La Astrea* –una novela pastoril insufriblemente larga, plagada de páginas superfluas, escrita por Honoré D'Urfé– al mismo nivel de la *Ilíada*; «e hizo codearse con Demóstenes y Rafael a hombres como el abogado Antoine Le Maître o el pintor Charles Le Brun, que a duras penas se los encuentra en las enciclopedias»[1]. Valga anotar que por desatinos como estos y otros detalles que ya desembocan en la tontería, los *Paralelos* de Perrault no tienen hoy entrada en la Wikipedia, son apenas unas pocas líneas en la «Querella de antiguos y modernos».



La Historia, por supuesto, dio la razón a los antiguos: sabemos hoy que Boileau fue el *Legislador del Parnaso*; Racine fue uno de los tres grandes dramaturgos del siglo XVII junto con Molière y Corneille; las fábulas de La Fontaine

siguen siendo leídas por doquier y..., bueno, La Bruyère es un escritor menos recordado; pero si establecemos un *paralelo*, con excepción de Perrault, todos los «modernos» fueron barridos por la ventisca del olvido: D'Urfé, Le Maître, Le Brun, Bovier de Fontenelle y Desmarets de Saint-Sorlin. Tiene razón Gilbert Rouget cuando afirma que ni los cuatro volúmenes de su *Paralelo*, pese a lo agradable de sus diálogos, ni los flojos alejandrinos de sus poemas cristianos, ni los retratos de *Hombres ilustres* –al frente de los cuales colocó ingenuamente su propia imagen– habrían bastado para salvar del olvido a aquel moderno de gustos atrasados. Hoy estaría oscuramente relegado a la galería de víctimas de Boileau, si, por efecto de una gracia imprevista, de un azar casi milagroso, no fuera también el autor de los *Cuentos*.



Los escribió cuando sus hijos eran mayores, aunque dirigidos al público infantil con una intención moral; pero no se trata de fábulas al estilo de las de Esopo, Fedro o su contemporáneo La Fontaine, que tienen premisas claras: en los *Cuentos* de Perrault la moraleja es contradictoria y a veces incluso nada preceptiva. Por eso no se recuerdan sus moralejas ni se citan, porque lo importante en ellos es la narración, que bebe de los relatos orales y de fuentes escritas. Los más logrados y recordados están escritos en prosa, pero en este Libro al Viento presentamos también «Piel de asno», del primer Perrault, el de los cuentos en verso, y cinco cuentos más, de los cuentos en prosa que finalmente lo salvaron de ser un pie de página, una anécdota literaria, un personaje secundario, en realidad más un cortesano que escribía que un escritor. El nombre de Charles Perrault es hoy mundialmente conocido gracias a «La bella durmiente», «Pulgarcito», «Caperucita Roja» y un puñado de historias que todos recordamos, que nos han sido contadas una y otra vez en todos los formatos, muchas veces simplificados para que sean asequibles a las más tiernas edades, pero se presentan aquí en su texto completo, en juiciosa traducción de Mateo Cardona, quien resarció el material original de las zapatillas de Cenicienta,

pues en realidad son de piel de ardilla, *vair*, y no de cristal, *verre*, como en su momento lo denunció Balzac.

Bienvenidos entonces a un mundo de reinas ogresas antropófagas, devoradoras de sus propios nietos, y ogros que degüellan a sus hijas sin intención, padres que abandonan a sus hijos para que mueran en el bosque, doncellas que duermen cien años, hadas buenas, hadas malas, sabios poco atractivos con un inmenso copete, héroes del tamaño de un pulgar, y en todo esto el triunfo de la virtud, la fuerza infinita del amor.



ANTONIO GARCÍA ÁNGEL

# Bibliografía

PERRAULT, Charles, *Historias o cuentos de antaño*, introducción de Carlos Peyrou y apéndice de Emilio Pascual, Anaya, Madrid, 1984.

SORIANO, Marc, *Los cuentos de Perrault: erudición y tradiciones populares*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 1975.

www.atramenta.net

www.wikipedia.org



[1] La frase es de Emilio Pascual, autor que aparece reseñado en la bibliografía.

# Año Colombia-Francia 2017

Este libro ha sido publicado en el marco del Año Colombia-Francia.

Tras un acuerdo binacional entre los presidentes de Francia y Colombia, François Hollande y Juan Manuel Santos, celebrado el 25 de enero de 2015, se estableció que el 2017 sería el mejor escenario para realizar entre ambos países las Temporadas Cruzadas que el gobierno francés organiza desde hace 30 años con diferentes naciones del mundo.

La programación del Año busca actualizar y profundizar el conocimiento que cada país tiene del otro, y fortalecer sus intercambios y cooperación. Otra de las prioridades del Año Colombia-Francia es la de mostrar otra cara de cada país, menos conocida, más sorprendente para el gran público. Durante el primer semestre de 2017 una Francia contemporánea e innovadora hace presencia en Colombia y de junio a diciembre una Colombia creativa y diversa estará presente en Francia.

# «Piel de asno» y otros cuentos

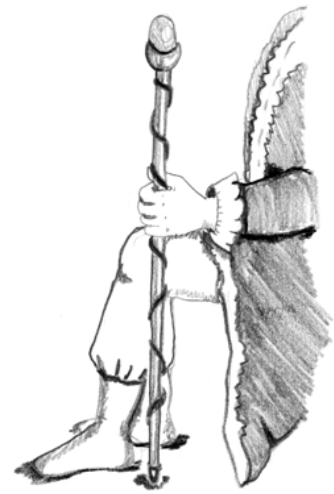


# PIEL DE ASNO

HAY PERSONAS CUYO espíritu afectado
Bajo una frente que jamás se desarruga
Solo sufre, aprueba y estima
Lo pomposo y sublime;
En cuanto a mí, me atrevo a plantear, de hecho,
Que en ciertos momentos el espíritu más perfecto
Puede amar sin sonrojarse hasta a una marioneta;
Y que hay tiempos y lugares
Donde lo grave y lo serio
No valen lo que agradables tonterías.
¿Por qué hay que maravillarse
De que la razón más sensata,
Cansada a menudo de tanto velar,
Por cuentos de ogros y hadas
Ingeniosamente arrullada,
Encuentre placer en dormitar?
Sin temer entonces que se me acuse
De emplear mal mi tiempo libre,
Me dispongo, para contentar sus justos deseos,
A contar completa la historia de Piel de Asno.

Érase una vez un rey,
El más grande que hubiera sobre la Tierra,
Amable en la paz, terrible en la guerra,
Solo, en fin, comparable a sí mismo:
Sus vecinos le temían, sus Estados eran apacibles,
Y por todas partes se veía
Florecer, a la sombra de sus palmas,

Las virtudes y las bellas artes.
Su amable mitad, su fiel compañera,
Era tan encantadora y bella,
Tenía el carácter tan agradable y dulce,
Que junto a ella era aun
Menos feliz rey que feliz esposo.
De su tierno y casto amor,
Llena de dulzura y gracia,
Con tantas virtudes una niña había nacido
Que los consolaba con creces
De no tener más descendencia.
En su vasto y rico palacio
Todo era magnificencia;
Por todas partes pululaba una viva abundancia
De cortesanos y lacayos;
Había en su caballeriza grandes y pequeños caballos de todo tipo, cubiertos de
Bellos paramentos rígidos de oro y brocado;
Pero lo que asombraba a todos los que allí llegaban,
Era que, en el lugar más distinguido,
Un señor asno desplegaba sus dos grandes orejas.
Esta injusticia te sorprende
Pero, cuando conozcas sus singulares virtudes,
No te parecerá que el honor fuera desmedido.
Pues tal y tan bien lo formó la naturaleza
Que nunca en la vida producía excremento,
Sino hermosos escudos que brillaban al sol
Y monedas de todos los valores,
Que recogían sobre el suave colchón
Cada mañana en cuanto despertaba.





Sin embargo el Cielo, que a veces se cansa
De complacer a los hombres,
Que siempre sus dones combina con alguna desgracia
Como la lluvia sucede al buen tiempo,
Permitió que una aguda enfermedad
De repente atacara los bellos días de la reina.
Por todas partes se buscó auxilio;
Pero ni los doctores que el griego estudian
Ni los charlatanes reconocidos
Pudieron juntos apagar el incendio
Que la fiebre encendía y aumentaba siempre.



Llegada su última hora,
Ella le dijo al rey, su esposo:
—Permite que, antes que muera,
Exija una cosa de ti;
Que si tuvieras deseos
De volverte a casar cuando yo no esté...
—¡Ay! –dijo el rey–, esos cuidados son vanos,
Jamás se me ocurriría algo así,
Que eso no te preocupe.
—Te creo –respondió la reina–,
Si tomo por testigo tu amor apasionado
Pero para estar más segura,
Quiero que me des tu juramento,
Suavizado, sin embargo, con esta condición:
Si encuentras una mujer más hermosa,
Más atractiva y prudente que yo,
Podrás con franqueza entregarle tu amor
Y casarte con ella.

La confianza que tenía en sus propios atractivos
Le hacía ver, en semejante promesa,
Un juramento inventado con inteligencia
De que nunca él se casaría.
El rey juró, pues, con los ojos inundados de
llanto,
Cuanto la reina deseó;
La reina entre sus brazos murió
Y nunca marido alguno mostró tanto pesar.
A fuerza de oírlo sollozar noche y día,
Se pensó que poco su luto duraría,
Y que lloraba sus difuntos amores
Como hombre apurado por pasar a otra cosa.

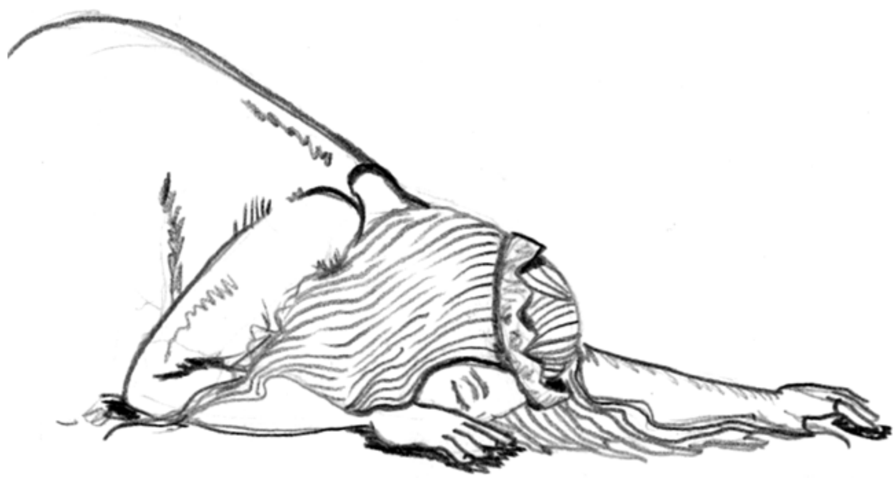


No se equivocaban. Al cabo de algunos meses
Quiso hacer una nueva elección;
Mas no era cosa fácil
Pues, para cumplir su juramento,
La nueva esposa
Debía tener más atractivo y gracia
Que la que acababan de llevar al cementerio.

Ni la corte, abundante en doncellas bellas,
Ni el campo, ni la ciudad,
Ni los reinos aledaños
A donde hubo que ir a buscar
Pudieron ofrecer mujer semejante.
La infanta únicamente era más hermosa
Y poseía ciertos tiernos encantos
Que la difunta no tenía.
El mismo rey lo había advertido
Y, ardiendo de amor extremo,
Locamente se dio cuenta
De que por esta razón tenía que con ella casarse.
Incluso encontró un charlatán
Dispuesto a proponer el caso.
Pero la joven y triste princesa
Al oír hablar de semejante amor
Se lamentaba y lloraba noche y día.

Con el alma llena de mil tristezas
Corrió al encuentro de su madrina,
Lejos, en una apartada caverna
Ricamente decorada con nácar y coral.
Era esta un hada admirable
Que jamás tuvo rival que igualara sus artes.
No creo necesario decirte

Lo que era un hada en esos tiempos bienaventurados,
Pues estoy seguro de que una amiga
Te lo habrá dicho desde tus más tiernos años.
—Bien sé –dijo al ver a la princesa–
Lo que te trajo aquí,
Conozco de tu corazón la profunda
tristeza;
Pero mientras estés conmigo no te inquietes.
No hay nada que pueda hacerte daño
Con tal que te atengas a seguir mis consejos.
Tu padre, ciertamente, contigo quiere casarse;
Atender su loca pretensión
Sería una falta muy grave,
Pero sin contradecirlo se le puede rechazar.



Dile que es preciso que te dé,
Para satisfacer tus deseos
Antes que a su amor tu corazón se abandone,
Un vestido que sea del color del Tiempo;
A pesar de todo su poder y de toda su riqueza,
Y aunque el cielo en todo favorezca sus votos,
Jamás podrá cumplir su promesa.

En el acto, la joven princesa
Fue temblando a decírselo al enamorado padre
Quien, al momento, hizo saber
A los sastres más importantes
Que si no le confeccionaban, sin hacerlo esperar demasiado,
Un vestido que fuera del color del Tiempo,
Podían estar seguros de que los haría ahorcar a todos.

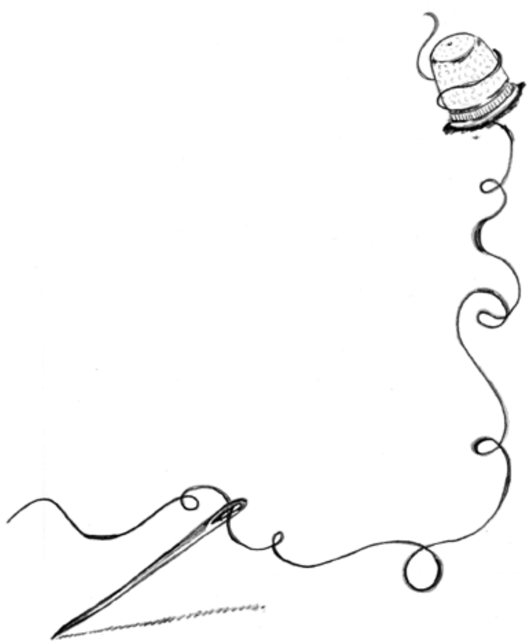
El segundo día no resplandecía aún
Cuando trajeron el vestido anhelado;
¡El más bello azul del cielo
No es, cuando lo ciñen grandes nubes de oro,
De un color tan azul!
De alegría y de dolor la infanta herida
No sabe qué decir ni cómo
Librarse de su compromiso.
—Princesa, pídele uno
–le dijo en voz baja su madrina–
Que, más brillante y menos común,
Sea del color de la luna.
No te lo podrá dar.

Apenas la princesa hubo hecho su pedido,
El rey le dijo a su bordador:
—Que el astro de la noche no tenga más esplendor
Y que en cuatro días sin falta me sea entregado.

El rico atuendo quedó listo el día señalado
Tal y como el rey lo había ordenado.
En los cielos donde la noche desplegó sus velos
La luna es menos suntuosa en su traje de plata,
Incluso cuando en medio de su diligente curso
Su más viva claridad hace palidecer a las estrellas.

Al admirar el maravilloso vestido, la princesa
Estaba casi decidida a aceptar;
Mas, inspirada por su madrina,
Al rey enamorado le dijo:
—No podría estar satisfecha
Si no tengo un vestido aun más brillante
Y del mismo color que el Sol.

El rey, quien la amaba con un amor singular,
Hizo venir al punto a un rico pedrero
Y le ordenó hacerlo
Con un soberbio tejido de oro y diamantes,
Diciéndole que si fallaba en satisfacerlo
Lo haría morir entre tormentos.



No tuvo el rey que cumplir su amenaza
Pues el industrioso obrero
Antes del fin de semana
Hizo traer la preciosa obra,
Tan bella, tan viva, tan radiante,

Que el rubio amante de Clímene[1]
Cuando en la bóveda de los cielos
En su carro de oro se pasea,
Con más brillante resplandor no alcanza a deslumbrar los ojos.



La infanta, a quien estos obsequios terminan de confundir,
A su padre, a su rey, no sabe qué responder.
Su madrina al punto la toma de la mano:
—No debemos –le susurró al oído–
Seguir por este lindo camino.
¿Son, acaso, maravilla
Todos estos obsequios que recibes
Mientras exista el asno que tú sabes,
Que de escudos de oro sin cesar le
llena la bolsa?
Pídele la piel del exótico
animal.
Como es su único recurso,
No te lo dará, o yo razono mal.
Aunque el hada era muy sagaz,
Sin embargo ignoraba
Que para un amor violento, con tal que se lo contente,
La plata y el oro no valen nada.
La piel fue galantemente concedida
En cuanto la infanta la hubo pedido.

Cuando se la trajeron
La espantó terriblemente
Y la hizo quejarse de su suerte amargamente.
Apareció la madrina y le mostró
Que cuando se obra bien nunca se debe temer:
Que hay que dejar que el rey crea

Que ella está totalmente dispuesta
A padecer con él la ley conyugal;
Pero al mismo tiempo, sola y bien disfrazada,
Es preciso que se vaya a algún país lejano
Para evitar un mal tan seguro y tan cercano.

—He aquí –prosiguió el hada– un gran cofre
Donde pondremos todos tus vestidos,
Tu tocador, tu guardarropa,
Tus diamantes y rubíes.
Te doy también mi varita:
Sosteniéndola en la mano,
El cofre seguirá tu mismo camino
Siempre oculta bajo tierra;
Y cuando lo quieras abrir,
Apenas con la varita la tierra hayas tocado,
En el acto ante tus ojos aparecerá.



Para que nadie te reconozca,
El despojo del asno es una máscara admirable.
Ocúltate bien debajo de esta piel,

Tan espantosa es que nadie creerá nunca
Que esconde a alguien tan hermoso.

Apenas hubo salido de donde la sabia hada
La princesa así disfrazada
Aquella fría mañana,
El rey quien, para la fiesta
De su feliz boda, se apresta,
Se entera muy disgustado de su funesto destino.
No hay casa, ni avenida, ni camino
Que no recorran prontamente,
Pero se agitan vanamente:
Nadie puede adivinar dónde ella se ha metido.

Se difundió en todas partes una pena triste y negra;
Ya no hay boda ni festín,
Ya no hay torta ni confites;
Desanimadas, las damas de la corte
En su mayoría no cenaron.
Pero del cura, sobre todo, fue grande la tristeza,
Pues almorzó bastante tarde
Y, lo peor de todo, se quedó sin paga.

La infanta, mientras tanto, proseguía su camino,
Con el rostro cubierto por una capa de mugre;
Les tendía la mano a cuantos se cruzaba
Y procuraba encontrar un lugar para servir.
Pero los menos delicados y los más desgraciados,
Al verla tan decaída y tan cubierta de porquería,
No querían escucharla y menos llevarse a casa
Tan sucia criatura.

De modo que se fue muy lejos, muy lejos, más lejos aun;



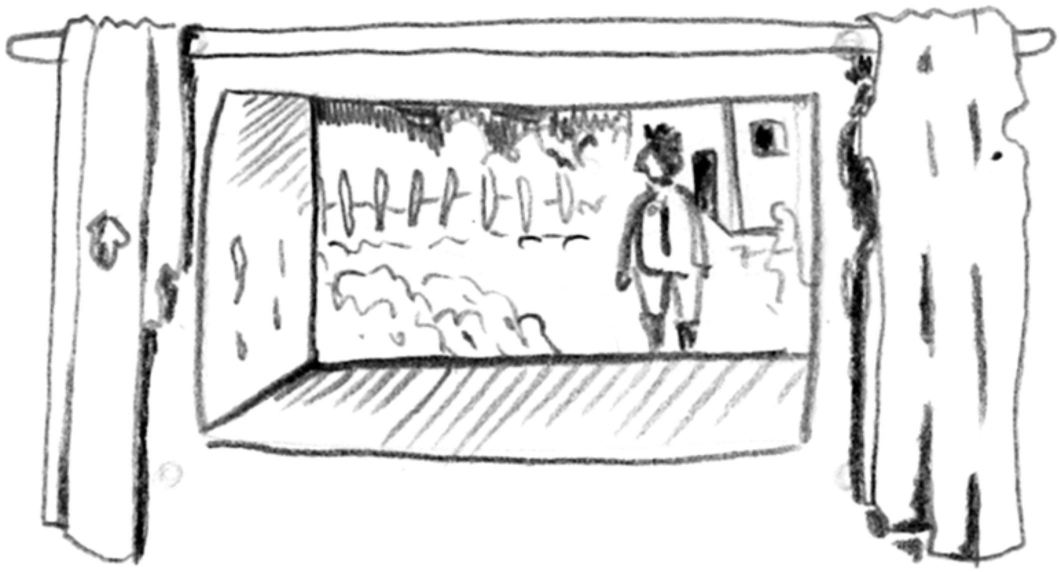
Por fin llegó a una granja
Donde la granjera necesitaba
Una sirvienta, cuya labor fuera
Saber lavar bien los trapos
Y limpiar el bebedero de los cerdos.
La pusieron en un rincón al fondo de la cocina
Donde los lacayos, chusma insolente,
No hacían más que darle tirones,
Contradecirla y burlarse de ella;
No sabían qué jugarreta hacerle,
Molestándola por todo;
Era el blanco acostumbrado
De todas sus pullas e insultos.

Pero el domingo tenía un poco más de descanso;
Pues, habiendo hecho temprano sus labores,
Entraba a su habitación y cerraba la puerta,
Se aseaba, luego abría su cofre,
Arreglaba su guardarropa y
Ordenaba encima los frasquitos
Frente a su gran espejo, contenta y satisfecha.
De la luna, a veces, el vestido se ponía;
A veces aquel en el que resplandecía el fuego del sol;
A veces el hermoso vestido azul
Que todo el azul de los cielos no podría igualar,
Y su única pena era que la larga cola
Sobre el piso tan estrecho no podía desplegar.
Le gustaba verse joven, sonrosada y blanca
Y cien veces más bella que cualquier otra muchacha.
Este dulce placer la sostenía
Y le permitía aguantar hasta el domingo siguiente.

Olvidaba decir de pasada
Que en esta importante granja,
De un rey magnífico y poderoso
Se mantenía a los animales.
Que allí, gallinas de Berbería,
Rascones, pintadas, cormoranes,
Gansos almizclados, sisones
Y mil otras aves de estrambótico aspecto,
Entre ellas casi todas diferentes,
Llenaban a cual más diez patios por completo.
El hijo del rey a esta estancia encantadora
Venía con frecuencia al regresar de cacería
A descansar y beber algo frío
Con los señores de su corte.
Ni el hermoso Céfalo[2] lo igualaba:
Su aire era regio, su apariencia marcial,
Apta para hacer temblar a los batallones más fieros.
Piel de Asno desde lejos lo observó con ternura
Y confirmó, con esa osadía,
Que debajo de la mugre y los harapos
Conservaba todavía un corazón de princesa.



—¡Qué gran apariencia, aunque luzca descuidado,
Qué amable es –se decía ella–,
Y cuán feliz será la bella
De quien su corazón se prende!
Si con un vestido común me hubiera honrado,
Me sentiría más engalanada
Que con todos los que tengo.



Un día el joven príncipe, errando a la aventura
De corral en corral,
Se metió por una senda oscura
Donde de Piel de Asno quedaba la humilde estancia.
Por casualidad puso el ojo en el hoyo de la cerradura.
Como era de fiesta ese día,
Ella se había puesto un rico atavío,
Y su soberbio vestido
Que, de telas de oro fino y grandes diamantes,
Igualaba del sol el resplandor más puro.
El príncipe, a merced de su deseo
La contempla y solo consigue a duras penas,
Al verla, recuperar el aliento,
Tan colmado de placer está.
Aparte del vestido, la belleza del rostro,
El hermoso contorno, la viva blancura,
Los finos rasgos, la joven frescura
Lo conmueven cien veces más;
Pero cierto aire de grandeza,
Más aun, un sabio y modesto pudor,
De las bellezas de su alma seguro testimonio,

Se apoderan de todo su corazón.



Tres veces, en el calor del fuego que lo transporta,
Quiso tirar la puerta;
Pero creyendo ver una diosa,
Tres veces por respeto se detuvo su brazo.
Al palacio, pensativo se retira
Y allí, noche y día suspira;
Ya no quiere ir al baile
Aunque sean carnavales.
Odia la cacería, odia la comedia,
Ha perdido el apetito, todo lo deprime
Y en el fondo, su enfermedad
Es una triste y mortal languidez.

Se pregunta quién sería esa ninfa admirable
Que permanecía junto a los corrales
En el fondo de una senda horrenda
Donde no se ve ni jota en pleno día.
Ella es, le dicen, Piel de Asno, para nada ninfa ni hermosa
Y a quien llaman Piel de Asno

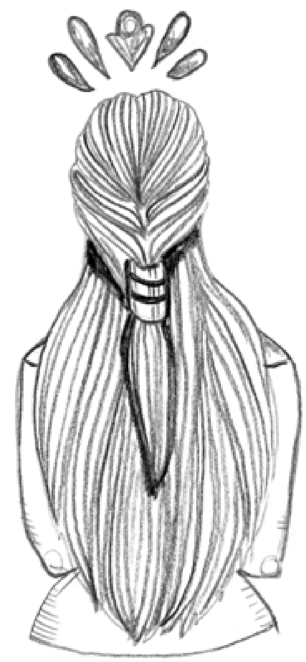
Por la piel que se abrocha al cuello;
Del amor es el verdadero antídoto,
En una palabra, el bicho más feo
Que pueda verse después del lobo.
Aunque se lo digan, no puede creerlo:
Los rasgos que dibujó el amor,
Siempre presentes en su memoria,
Jamás se borrarán.

Sin embargo, la reina, su madre,
Quien solo tiene ese hijo, llora y se desespera;
A confesar su mal lo urge en vano;
Él gime, llora, suspira,
No dice nada, excepto que desea
Que Piel de Asno le haga un pastel de su mano;
Y la madre no entiende lo que su hijo quiere
decir.
—¡Oh, cielos!, señora –le dicen–;
La tal Piel de Asno es una burra
Más fea y más mugrienta
Que el más sucio marmitón.
—No importa –dice la reina– hay que darle gusto
Y solamente en eso debemos pensar.
Hasta oro le habrían servido, tanto lo amaba su madre,
De haberlo querido comer.



Piel de Asno toma, pues, la harina
Que había cernido al efecto
Para que su masa quedara más fina,
La sal, la mantequilla y unos huevos frescos;
Y para mejor hacer su torta
Se encierra sola en su cuartito.

Primero se lavó la mugre
De las manos, los brazos y la cara,
Y se puso un delantal de plata que pronto amarró
Para dignamente hacer la obra
Que en el acto comenzó.



Se dice que, por trabajar con mucha prisa,
Del dedo, casualmente, se le cayó en la masa
Uno de sus costosos anillos;
Pero quienes conocen el final de la historia
Aseguran que lo puso adrede;
En cuanto a mí, francamente, me atrevería a creerlo:
Seguro que cuando el príncipe a su puerta se acercó
Y por el hoyo la miró,
Ella se dio cuenta:
En este punto, la mujer es tan avispada
Y es tan rápida su mirada
Que no se la puede ver un momento
Sin que ella sepa que la hemos visto.
También estoy muy seguro –y lo juraría–
De que ella no dudó que por su joven amante
El anillo sería bien recibido.
Nunca se amasó bocado más exquisito
Y el príncipe encontró la torta tan buena
Que poco faltó para que su hambre glotona
Se tragara también el anillo.
Cuando vio su esmeralda admirable
Y el angosto círculo del tallo de oro
Que marcaba la forma del dedo,
Su corazón vibró de increíble alegría;
Debajo de su almohada lo metió al instante.



Y como su mal seguía aumentando,
Los médicos cuya experiencia había vuelto
sabios,
Al verlo adelgazar un poco cada día,
Opinaron todos, por su mucho entendimiento,
Que estaba enfermo de amor.
Como el matrimonio, por mala fama que tenga,
Es remedio placentero para esta enfermedad,
Se determinó casarlo;
Primero se hizo de rogar
Mas luego dijo:
—Accedo, con tal que me den
En matrimonio a la persona
A quien le ajuste este anillo.
Ante la extraña petición,
De la reina y el rey la sorpresa fue grande
Pero él estaba tan mal que no osaron negarse.

Y hete pues que se ponen a buscar
A aquella a quien el anillo, sin tener en cuenta la cuna,
Debe ubicar en tan alta dignidad;
Y no hay quien no se disponga
A venir y ofrecer el dedo
O quiera ceder su turno.

Habiendo corrido el rumor de que para pretender al príncipe
Es preciso tener el dedo muy flacucho,
Todo charlatán, para ser bien recibido,
Dice tener el secreto para volverlo delgado;
Una, siguiendo su extraño capricho,
Se lo raspa como zanahoria;
Otra se corta un pedacito;
Otra cree que estripándolo lo achica;

Y otra, con cierto líquido,
Para tenerlo menos grueso le hace caer la piel;
En fin, no hay maniobra
Que las damas no practiquen
Para hacer que el dedo entre en el anillo.
La prueba comenzó con las jóvenes princesas,
Las marquesas y las duquesas;
Pero sus dedos, aunque delicados,
Eran demasiado gruesos y no entraban.
Las condesas y las baronesas
Y todas las nobles personas
Como ellas, por turnos presentaron su mano
Pero la presentaron en vano.
A continuación vinieron las modistillas,



Cuyos lindos y menudos dedos
–porque las hay muy bonitas–
Parecían a veces ajustarse al anillo.

Pero la joya, siempre muy pequeña o muy grande,
Con desdén casi igual rechazaba a todo el mundo.

Hicieron venir por fin
A las criadas, a las cocineras,
A las sirvientas, a las cuidadoras de pavos;
En una palabra, a toda la plebe
Cuyas rojas y negras patas,
No menos que sus delicadas manos,
Imaginaban un feliz destino.
Muchachas, muchas se presentaron
Cuyo dedo, grande y regordete,
En el anillo del príncipe habría cabido
Tanto como un cable dentro de una aguja.

Por fin creyeron haber terminado
Pues solo quedaba, en efecto,
La pobre Piel de Asno en el fondo de la cocina.
—Pero, ¿cómo creer –se decían–
Que a reinar el cielo la destine?
El príncipe dijo:
—¿Y por qué no?
¡Que la hagan venir!

Rompieron a reír,
Y alguien gritó muy fuerte:
—¿Cómo así?
¿Traer hasta aquí a semejante esperpento?

Pero cuando sacó desde debajo de su piel negra
Una manita que parecía de marfil
Coloreada con un poco de escarlata;
Y cuando el anillo fatal
Con exactitud sinigual
Ciñó su dedito,
La corte quedó en un aturdimiento
Que no puede describirse.
La llevaban ante el rey en aquel súbito arrebato;
Pero ella pidió que, antes de aparecer
Ante su señor y su amo,
Le dieran tiempo para cambiarse de vestido.
Sobre el vestido, a decir verdad,
Por todos lados se disponían a bromear;
Mas cuando llegó a los aposentos
Y hubo atravesado los salones
Con su pomposo vestido,
Cuyos ricos primores jamás tuvieron rivales;

Y sus encantadores cabellos rubios
Entreverados de diamantes, cuya viva luz
Producía otros tantos destellos;
Y sus ojos azules, grandes, dulces y alargados
Que, llenos de majestad fiera,
Nunca miran sin gustar y sin herir;
Y su talle, en fin, tan menudo y tan fino
Que con dos manos se habría podido abarcar
Mostraron sus atractivos y su gracia divina,
De las damas de la corte y de sus adornos
Los atractivos quedaron por los suelos.

En la alegría y el bullicio de toda la concurrencia,
El buen rey no cabía de la emoción
De ver a su nuera poseer tantos encantos;
La reina estaba fascinada
Y el príncipe, su enamorado,
De cien placeres el alma colmada,
Sucumbía bajo el peso de su embelesamiento.

Para la boda, en el acto cada quien tomó sus medidas;
El monarca invitó a todos los reyes de los alrededores
Quienes, resplandecientes en sus diversos atuendos,
Dejaron sus estados para participar del gran día.
Se los vio llegar desde los reinos de la aurora,
Montados en grandes elefantes;
Vinieron otros, desde la orilla mora,
Que, más negros y aun más feos,
Asustaban a los niños pequeños;
Mejor dicho, de todos los rincones del mundo
Llegaron y la corte se llenó de ellos.



Pero ningún príncipe, ningún potentado,
Se presentó con tanto lujo
Como el padre de la novia
Quien, de ella antaño enamorado,
Había, con el tiempo, purificado el fuego
Que abrasaba su alma.
De ella había desterrado todo deseo criminal,
Y de aquella odiosa llama
Lo poco que quedaba en su alma
Solamente avivaba su amor paternal.
En cuanto la vio, dijo:
—¡Bendito sea el cielo
Por querer que vuelva a verte,
Querida hija!
Y llorando de alegría,
Corrió a besarla con ternura.
En su propia felicidad cada cual se quiso
    interesar,
Y el futuro esposo estaba fascinado al saber
Que de un rey tan poderoso sería el yerno.
En ese momento llegó la madrina,
Quien narró toda la historia



Y, con su relato, terminó
De cubrir a Piel de Asno de gloria.

No resulta difícil ver
Que el propósito de este cuento es que el niño aprenda
Que más vale exponerse a la pena más dura
Que faltar al deber;
Que la virtud puede ser desgraciada
Pero siempre es coronada;

Que contra un amor loco y sus fogosos arrebatos
La razón más fuerte es una débil defensa;
Y que no hay tesoros tan ricos
Que no los prodigue un amante;

Que el agua clara y el pan gris
Son suficiente alimento
Para cualquier joven criatura,
Siempre y cuando tenga buen vestido;

Que bajo el cielo no existe ninguna mujer
Que no se considere hermosa,
Y que no se imagine además
Que si de las tres diosas la famosa querella
Se hubiera resuelto con ella,
Habría recibido la manzana de oro.[3]

El cuento de Piel de Asno es difícil de creer
Pero, mientras en el mundo haya niños,
Madres y abuelas,
Permanecerá su recuerdo.



[1] El autor se refiere al dios sol, a quien los griegos llamaban Helios, que era el amante de Clímene, una diosa marina.

[2] Céfalo era un semidiós muy apuesto, también en la mitología griega. Eos, la diosa de la aurora, lo convirtió en su amante y lo metió por esta causa en muchos problemas.

[3] Las tres diosas Hera, Atenea y Afrodita compitieron por quedarse con una manzana de oro que la diosa de la discordia, llamada Eris, había dejado «para la más bella», lo que dio origen a la guerra de Troya.

# Cenicienta



Había una vez un gentilhombre que se casó en segundas nupcias con la mujer más altanera y soberbia que jamás se haya visto. Tenía ella dos hijas con su mismo carácter y que se le parecían en todo. El marido tenía por su parte una hija, pero de una dulzura y bondad únicas, heredadas de su madre, quien había sido la mejor persona del mundo. En cuanto se celebró la boda, la madrastra hizo estallar su mal humor. No podía sufrir las buenas cualidades de la jovencita, que hacían aun más odiosas a sus hijas. Le encomendó las ocupaciones más viles de la casa: era ella quien lavaba la vajilla y las escaleras, quien fregaba la habitación de la señora y las de las señoritas, sus hijas; dormía en la parte más alta de la casa, en un desván, sobre un miserable colchón de paja, mientras que sus hermanas vivían en habitaciones con piso de tableta, en las que tenían camas a la última moda y espejos donde se veían desde los pies hasta la cabeza. La pobre muchacha sufría todo con paciencia y no se atrevía a llevarle quejas a su padre, quien la habría regañado puesto que su mujer lo controlaba totalmente.

Cuando terminaba sus tareas iba a un rincón de la chimenea y se sentaba sobre las cenizas, por lo que en la casa solían llamarla Culiceniza. La menor, que no era tan malvada como la hermana mayor, la llamaba Cenicienta; sin embargo Cenicienta, con sus miserables harapos, no dejaba de ser cien veces más hermosa que sus hermanas, aunque estas vistieran magníficamente.



Sucedió que el hijo del rey dio un baile al que invitó a todas las personas de calidad: nuestras dos señoritas también fueron invitadas, pues pasaban por importantes en aquel país. Helas ahí, pues, muy contentas y ocupadas escogiendo los vestidos y peinados que les sentarían mejor; nuevo castigo para Cenicienta, pues era ella quien les planchaba la ropa a sus hermanas y les almidonaba los puños. Solo se hablaba de la manera en que se vestirían.

—Yo –dijo la mayor– me pondré mi vestido de terciopelo rojo y mi juego de joyas de Inglaterra.

—Yo –dijo la menor– me pondré la falda de siempre; pero para compensar llevaré mi capa con flores de oro y mi collar de diamantes, que no es de los que pasan desapercibidos.

Mandaron traer una buena peluquera para que les arreglara dos filas de tirabuzones, e hicieron comprar lunares postizos donde la fabricante: llamaron a Cenicienta para pedirle su opinión, pues tenía buen gusto. Cenicienta las aconsejó divinamente y hasta se ofreció a peinarlas, a lo que accedieron. Mientras las peinaba le decían:

—Cenicienta, ¿te gustaría ir al baile?

—¡Ay, señoritas! Ustedes se burlan de mí, no tengo nada qué hacer allá.

—Tienes razón, nos reiríamos mucho si viéramos una Culiceniza en el baile.

Otra en lugar de Cenicienta las habría peinado mal; pero ella era buena y las peinó a la perfección. Estaban transportadas de alegría. Más de doce cordones se rompieron a fuerza de apretarlos para reducirles la cintura, y

ellas siempre estaban frente al espejo. Por fin llegó el feliz día, salieron y Cenicienta las siguió con la mirada mientras pudo; cuando las perdió de vista se puso a llorar. Su madrina, al verla bañada en llanto, le preguntó qué le pasaba.

—Querría mucho… Querría mucho…

Lloraba tanto que no podía terminar. Su madrina, quien era hada, le dijo:

—Querrías mucho ir al baile, ¿no es verdad?

—¡Ay, sí! –dijo Cenicienta en un suspiro.

—Pues bien, ¿serás una niña buena? –dijo su madrina–. Haré que vayas.

La llevó a su habitación y le dijo:

—Ve al jardín y tráeme una calabaza.

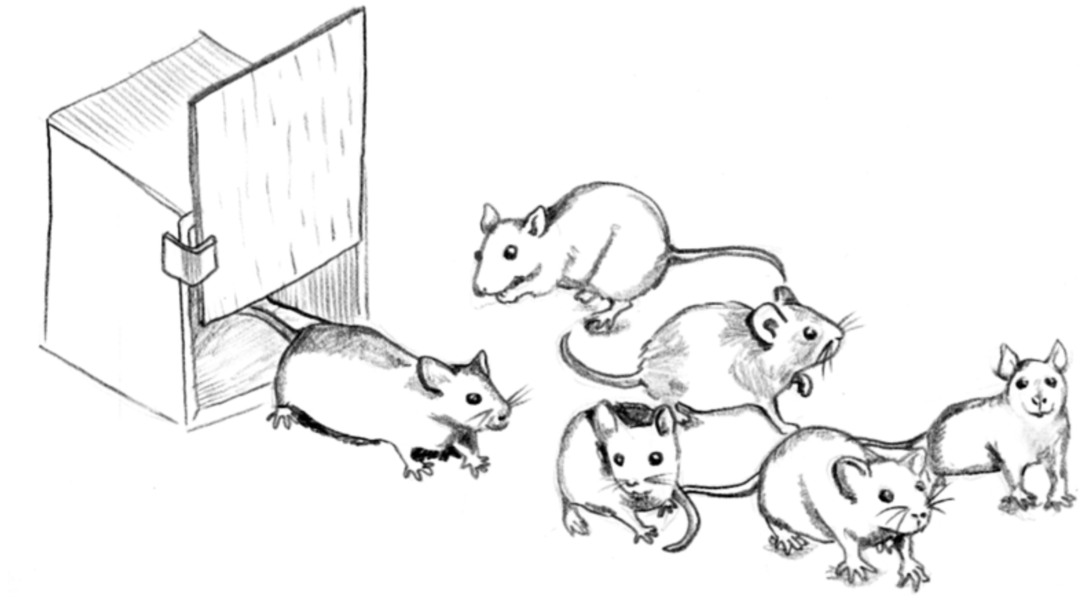


Cenicienta fue enseguida a recoger la más bella que pudo encontrar y se la llevó a su madrina sin lograr adivinar cómo aquella calabaza la haría ir al baile. Su madrina la vació y, cuando solo quedó la cáscara, la tocó con su varita y la calabaza se transformó en el acto en un hermoso carruaje completamente dorado. Luego fue a mirar en su ratonera, donde encontró seis ratones vivos; le dijo a Cenicienta que levantara un poco la trampa de la ratonera y a cada ratón que salía le daba un golpe con su varita, y el ratón quedaba al punto convertido en un hermoso caballo, lo que dio un bello tiro de seis caballos de un lindo tono gris de ratón tordo. Como vio que le faltaba con qué hacer un cochero, Cenicienta le dijo:

—Voy a ver si hay alguna rata en la trampa para hacer con ella el cochero.

—Tienes razón –dijo su madrina–. Anda a ver.

Cenicienta le trajo la trampa, en la que había tres ratas grandes. El hada escogió la que tenía la barba más crecida y, al tocarla, la transformó en un gran cochero con los bigotes más hermosos que jamás se hubieran visto. A continuación le dijo:



—Ve al jardín. Encontrarás seis lagartijas detrás de la regadera, tráemelas.

En cuanto las trajo, la madrina las transformó en seis lacayos que al punto se treparon a la parte trasera del carruaje con sus trajes engalanados, donde se mantuvieron firmes como si no hubieran hecho nada más en toda la vida. Entonces el hada le dijo a Cenicienta:

—Muy bien, ya tienes con qué ir al baile. ¿Estás contenta?

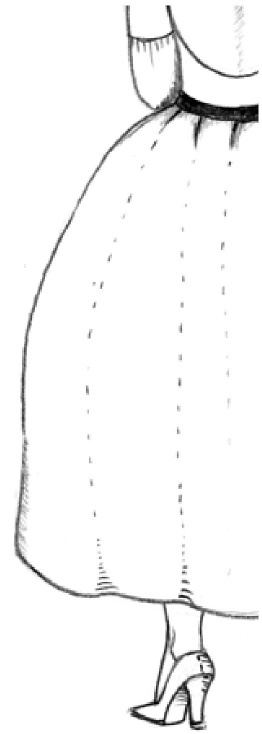
—Sí, pero, ¿iré con estos harapos miserables?



Su madrina simplemente la tocó con la varita y al instante sus ropas se transformaron en un vestido de paño de oro y plata completamente incrustado de pedrería; luego le dio un par de zapatillas de piel de ardilla, las más lindas del mundo. Así vestida se subió al carruaje; pero su madrina le recomendó por sobre todas las cosas no pasarse de la medianoche, advirtiéndole que si permanecía en el baile un instante más, su carruaje volvería a ser calabaza, sus caballos ratones, sus lacayos lagartijas y sus ropas viejas recuperarían su primera forma. Le prometió a su madrina que saldría del baile sin falta antes de la medianoche.

Se marchó, loca de alegría. El hijo del rey, a quien fueron a advertir que acababa de llegar una gran princesa que nadie conocía, corrió a recibirla; le

dio la mano para que bajara del carruaje y la llevó al salón donde estaban los invitados. Se hizo entonces un gran silencio; cesó la danza y los violines dejaron de tocar, y todo el mundo contemplaba absorto la incomparable belleza de la desconocida. Solo se escuchaba un ruido confuso:



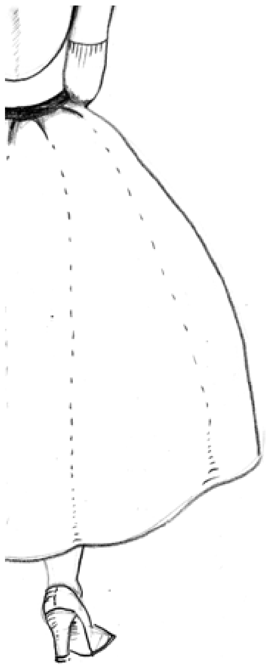
—¡Ah, qué hermosa es!

El rey en persona, no obstante ser tan viejo, no dejaba de mirarla y de decirle en voz baja a la reina que hacía mucho tiempo no había visto una persona tan bella y tan encantadora.

Todas las damas observaban con atención su peinado y su vestido para procurárselos semejantes al día siguiente, siempre que hallaran telas lo bastante hermosas y artesanos lo bastante hábiles. El hijo del rey la llevó hasta el lugar más distinguido y luego la tomó para sacarla a bailar. Bailó con tanta gracia que todos la admiraron aun más. Sirvieron una magnífica cena, que el príncipe ni siquiera probó, ocupado como estaba contemplándola. Cenicienta fue a sentarse junto a sus hermanas y les hizo mil atenciones: compartió con ellas las naranjas y limones que el príncipe le había dado, lo que mucho las asombró pues no la conocían. Mientras charlaban, Cenicienta oyó tocar las doce menos cuarto: de inmediato hizo una gran reverencia a la concurrencia y se fue lo más rápido que pudo. En cuanto llegó fue a ver a su madrina y, después de darle las gracias, le dijo que deseaba mucho regresar al baile del día siguiente, pues el hijo del rey se lo había suplicado. Mientras le contaba a su madrina todo lo que había sucedido en el baile, las dos hermanas golpearon a la puerta y Cenicienta fue a abrirles.

—¡Cuánto tardaron en volver! –les dijo, bostezando y frotándose los ojos mientras se estiraba como si se acabara de despertar, aunque no había sentido ganas de dormir desde que se habían separado.

—Si hubieras venido al baile –le dijo una de las hermanas– no te habrías aburrido: vino la princesa más hermosa que jamás se haya visto; nos hizo

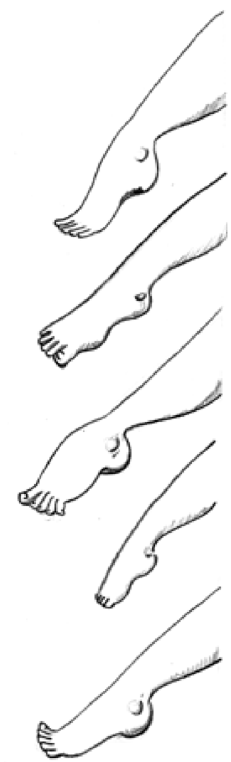


mil atenciones, y nos dio naranjas y limones.

Cenicienta no cabía en sí de la alegría: les preguntó el nombre de la princesa, pero le respondieron que nadie la conocía, que el hijo del rey estaba muy triste y que daría todas las cosas del mundo por saber quién era. Cenicienta sonrió y les dijo:

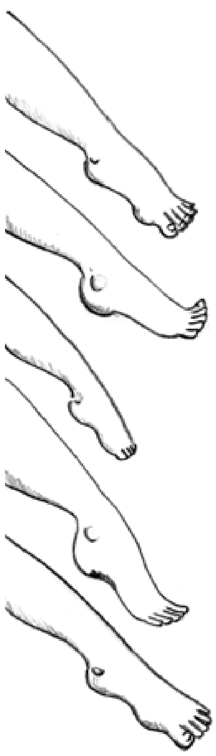
—¿Entonces era tan hermosa? ¡Dios mío, qué felices están ustedes! ¿Podría verla yo? ¡Ay!, señorita Javotte, présteme su vestido amarillo, el que se pone todos los días.

—¡En verdad –dijo la señorita Javotte– no faltaría más! Prestarle mi vestido a una sucia Culiceniza como esta, ¡tendría que estar loca!



Cenicienta esperaba esta negativa y se alegró, pues habría estado en un gran aprieto si su hermana hubiera querido prestarle el vestido. Al día siguiente las dos hermanas fueron al baile y también Cenicienta, pero aun más elegante que la víspera. El hijo del rey se mantuvo a su lado y no dejó de decirle cosas bonitas; la joven señorita no se aburría para nada y olvidó lo que su madrina le había recomendado, de modo que cuando oyó sonar la primera campanada de medianoche pensaba que aún no eran las once. Se levantó y escapó con la celeridad de una cierva. El príncipe la siguió pero no logró darle alcance. Se le cayó una zapatilla de piel de ardilla, que el príncipe recogió con cuidado. Cenicienta llegó a casa sin aliento, sin carruaje, sin lacayos, y con sus pobres ropas. Nada le había quedado de toda su magnificencia, salvo una de sus zapatillas, la pareja de la que había dejado caer. Se les preguntó a los guardias de la puerta del palacio si habían visto salir a una princesa: dijeron que no habían visto salir a nadie excepto a una muchacha muy mal vestida que tenía más el aspecto de una campesina que el de una señorita. Cuando sus dos hermanas volvieron del baile, Cenicienta

les preguntó si nuevamente se habían divertido y si la hermosa dama se había presentado. Le dijeron que sí, pero que se había escapado al sonar la medianoche, y con tanta urgencia que había dejado caer una de sus zapatillas de piel de ardilla, la más linda del mundo; que el hijo del rey la había recogido y que no había hecho más que mirarla durante el resto del baile, y que con seguridad estaba muy enamorado de la hermosa persona a quien pertenecía la zapatilla. Dijeron la verdad pues, pocos días después, el hijo del rey hizo proclamar con toque de trompeta que desposaría a aquella cuyo pie se ajustara la zapatilla. Se la probaron primero a las princesas, luego a las duquesas y a toda la corte, pero inútilmente. La trajeron a la casa de las dos hermanas, quienes hicieron todo lo posible por meter el pie en la zapatilla, pero no lo consiguieron. Cenicienta, quien las observaba y reconoció su zapatilla, dijo riendo:



—¡Veré si me queda bien!

Sus hermanas rompieron a reír y a burlarse de ella.

El gentilhombre que probaba la zapatilla, quien había mirado atentamente a Cenicienta y la encontró bastante hermosa, dijo que estaba en su derecho y que tenía la orden de probársela a todas las muchachas. Hizo sentar a Cenicienta y, acercando la zapatilla a su pequeño pie, vio que le calzaba sin dificultad y le ajustaba como molde en cera. Grande fue el asombro de las dos hermanas, pero más grande aun cuando Cenicienta se sacó del bolsillo la otra zapatilla y se la calzó.

En ese momento llegó la madrina quien, con un toque de su varita sobre las ropas de Cenicienta, las convirtió en un vestido aun más magnífico que todos los demás.

Entonces las dos hermanas reconocieron en ella a la hermosa joven que habían visto en el baile. Se echaron a sus pies para pedirle perdón por todos los malos tratos que le habían hecho sufrir. Cenicienta hizo que se levantaran y les dijo, mientras las besaba, que las perdonaba de todo corazón y que les rogaba que siempre la quisieran. La llevaron con el joven príncipe, vestida como estaba: él la encontró más

bonita que nunca y, pocos días después, la desposó. Cenicienta, quien era tan buena como hermosa, hizo alojar a sus dos hermanas en el palacio y las casó ese mismo día con dos grandes señores de la corte.



## Moraleja

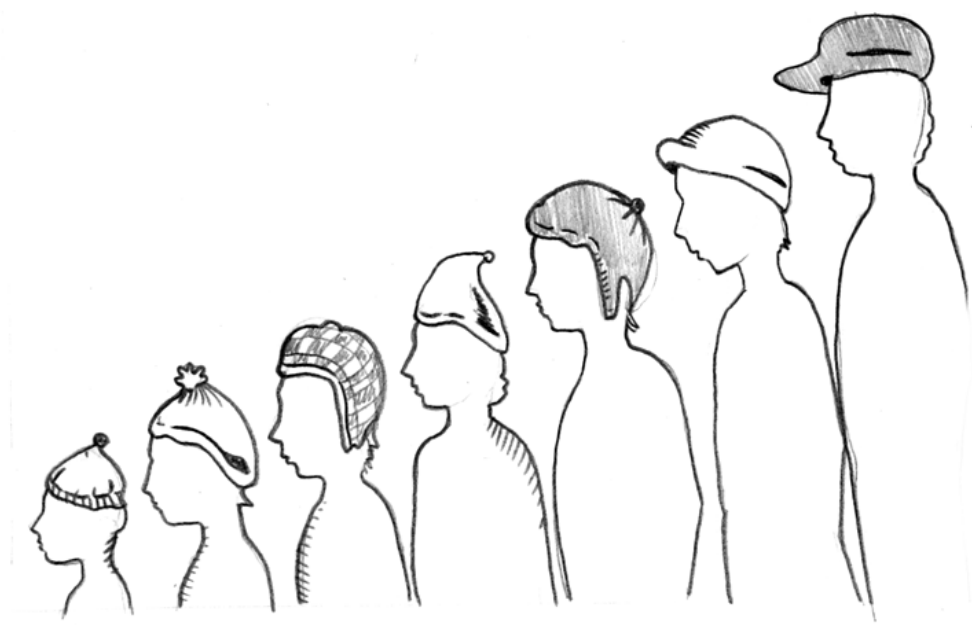
Una mujer bella es un tesoro
Que nadie se cansa de admirar,
Mas la gracia vale más que el oro
Pues no tiene precio y luce más.
Salvó la madrina a Cenicienta
Cuando en secreto así la educó
Y fue de este modo que convirtió
En sabia reina a una vil sirvienta.
Mujer: en lugar de ir bien peinada
Para cautivar un corazón,
Tenga gracia, de las hadas el don
Que logra todo; y sin él, nada.

## Otra moraleja

Es gran ventaja tener inteligencia y valor,
Noble cuna, buen talento y sentido del honor,
Pues son regalos todos que nos otorga el cielo.
Mas de poco servirán para cumplir el anhelo:
Sin madrina o padrino, valdrán menos que un pelo.

# Pulgarcito

Había una vez un leñador y una leñadora que tenían siete hijos, todos varones; el mayor tenía diez años y el menor solo siete. Sorprenderá que el leñador haya tenido tantos niños en tan poco tiempo, pero a su esposa le rendía en la tarea y hacía al menos dos cada vez.



Eran muy pobres, y sus siete niños los incomodaban mucho porque ninguno de ellos podía aún ganarse la vida. Los entristecía también que el menor era muy delicado y no decía palabra alguna, tomando por estupidez lo que era una marca de la bondad de su espíritu. Era muy pequeño y, cuando vino al mundo, apenas si era mayor que el pulgar, por lo que lo llamaron Pulgarcito. El pobre niño era el hazmerreír de la casa y siempre lo contradecían. Sin embargo, era el más sutil y el más avispado de todos sus hermanos y, si hablaba poco, escuchaba mucho. Llegó un año muy nefasto y la hambruna fue tan grande que esta pobre gente resolvió deshacerse de sus hijos. Una noche en que los niños estaban ya acostados y el leñador estaba junto al fuego con su mujer, le dijo con el corazón encogido de dolor:

—Bien ves que ya no podemos alimentar a nuestros hijos; no sería capaz de verlos morir de hambre ante mis ojos, y he resuelto ir a perderlos mañana al bosque, lo que será bastante fácil: pues mientras estén entretenidos haciendo atados de leña, solo tenemos que escaparnos sin que nos vean.

—¡Ay! –exclamó la leñadora–. ¿Serías capaz de llevar a tus propios hijos a que se pierdan?

Aunque su marido se esforzó por hacerle ver su gran pobreza, ella no podía consentirlo: era pobre, pero era su madre. No obstante, habiendo considerado cuán doloroso sería para ella verlos morir de hambre, accedió y se fue a acostar llorando. Pulgarcito oyó todo lo que dijeron pues, habiendo sentido desde su cama que planeaban algo, se levantó pasito y se deslizó debajo del taburete de su padre para escucharlos sin ser visto. Volvió a acostarse y no durmió nada el resto de la noche pensando en lo que tenía que hacer.



Se levantó de madrugada y fue a la orilla de un arroyo, donde se llenó los bolsillos de piedritas blancas, y regresó enseguida a la casa. Partieron, y Pulgarcito no reveló nada de cuanto sabía a sus hermanos. Fueron a un bosque muy tupido donde a diez pasos de distancia no se veían unos a otros. El leñador se puso a cortar madera y sus hijos a recoger ramitas para hacer atados. El padre y la madre, al verlos ocupados trabajando, se alejaron de ellos sin que lo notaran y luego desaparecieron de repente por un senderito retorcido.

Cuando los niños se vieron solos se pusieron a gritar y a llorar con todas sus fuerzas. Pulgarcito los dejaba gritar, ya que sabía bien por dónde regresaría a la casa: al avanzar había dejado caer a lo largo del camino las piedritas blancas que llevaba en los bolsillos. Entonces les dijo:

—No teman, hermanos. Mi padre y mi madre nos dejaron aquí, pero yo los llevaré de vuelta a la casa: solamente síganme.

Lo siguieron y los llevó hasta su casa por el mismo camino que habían tomado hasta el bosque. Primero no se atrevieron a entrar, pero se pegaron todos a la puerta para escuchar lo que decían su padre y su madre.

En el momento en que el leñador y la leñadora llegaron a su hogar, el señor del pueblo les envió diez escudos que les debía desde hacía tiempo y que ya no esperaban en absoluto. Aquello les devolvió la vida, pues los pobres se morían de hambre. El leñador envió de inmediato a su mujer a la carnicería. Como hacía mucho que no habían comido, compró tres veces más carne de la que haría falta para una cena de dos personas. Una vez se saciaron, la leñadora dijo:



—¡Ay! ¿Dónde estarán ahora nuestros pobres hijos? Comerían tan bien con lo que nos queda ahí. Pero también, Guillaume, fuiste tú quien quiso perderlos. Bien decía yo que nos arrepentiríamos. ¿Qué harán ahora en ese bosque? ¡Ay, Dios mío, quizá ya se los comieron los lobos! ¡Qué inhumano eres, perder así a tus hijos!

Al cabo el leñador perdió la paciencia, pues ella le repitió más de veinte veces que se arrepentiría y que se lo había dicho. La amenazó con pegarle si no se callaba. No era que el leñador no estuviera incluso más desconsolado que su mujer, sino que ella le reventaba la cabeza, y estaba del mismo humor que muchos que gustan de las mujeres razonables pero que consideran muy molestas a las que siempre tienen la razón. La leñadora estaba bañada en lágrimas:

—¡Ay!, ¿dónde estarán ahora mis niños, mis pobres niños?

Una vez lo dijo tan fuerte que los niños, que estaban junto a la puerta, la oyeron y se pusieron a gritar todos juntos:

—¡Aquí estamos, aquí estamos!

Corrió de prisa a abrirles la puerta y les dijo mientras los besaba:

—¡Qué contenta estoy de volver a verlos, mis queridos niños! Están muy cansados, tienen mucha hambre; y tú, Pierrot, ¡cómo estás de embarrado, ven y te lavo! Pierrot era su hijo mayor, al que quería más que a los demás porque era medio pelirrojo, y ella era medio pelirroja.

Se sentaron a la mesa y comieron con un apetito que hizo felices al padre y a la madre; les contaron del pavor que habían sentido en el bosque hablando casi siempre todos al tiempo. Estas buenas personas estaban

encantadas de volver a ver a sus hijos con ellos, pero esa alegría duró lo mismo que duraron los diez escudos. Una vez gastaron el dinero volvieron a caer en su anterior angustia y decidieron perderlos de nuevo, y, para no fallar el golpe, llevarlos mucho más lejos que la primera vez.

No pudieron hablar al respecto tan secretamente que no pudiera oírlos Pulgarcito, quien decidió salir del apuro como ya había hecho; pero aunque se levantó de madrugada para ir a recoger piedritas, no pudo hacerlo pues encontró la puerta de la casa cerrada con doble llave. No sabía qué hacer pero, cuando la leñadora le dio a cada uno un pedazo de pan para el almuerzo, se le ocurrió que podía usar su pan en lugar de piedritas, arrojando las migas a lo largo de los caminos que recorrerían; lo apretó, pues, en su bolsillo.

El padre y la madre los llevaron al lugar más tupido y oscuro del bosque y, una vez allí, tomaron por una trocha y los dejaron. Pulgarcito no se entristeció mucho porque creía que encontraría fácilmente el camino gracias al pan que había regado por todas partes donde había pasado; pero se sorprendió mucho cuando no pudo encontrar ni una sola miga; habían venido los pájaros y se habían comido todo.

Helos ahí, entonces, muy afligidos, pues entre más se extraviaban más se hundían en el bosque. Llegó la noche y se elevó un gran viento que les producía un miedo espantoso. Creían oír por todos lados aullidos de lobos que venían a comérselos. Casi no se atrevían a hablar ni a volver la vista atrás. Sobrevino una fuerte lluvia que les caló hasta los huesos; resbalaban a cada paso, caían en el fango, de donde se levantaban totalmente embarrados sin saber qué hacer con sus manos.

Pulgarcito se trepó a lo alto de un árbol para ver si descubría algo; girando la cabeza hacia todos lados vio una lucecita como de una vela, pero estaba lejísimos, más allá del bosque. Bajó del árbol y, cuando llegó al suelo, ya no vio nada: esto lo devastó. Sin embargo, después de caminar un rato con sus hermanos en dirección hacia donde había visto la luz, volvió a verla al salir del bosque. Por fin llegaron a la casa donde estaba aquella vela, pero no sin pasar muchos sustos pues a menudo la perdían de vista, lo que ocurría cada vez que bajaban por una cañada. Tocaron a la puerta y una



buena mujer vino a abrirles. Les preguntó qué querían. Pulgarcito le dijo que eran unos pobres niños que se habían perdido en el bosque y que pedían refugio por caridad. Aquella mujer, viéndolos a todos tan bonitos, se puso a llorar y les dijo:

—¡Ay, mis pobres niños, adónde han venido! ¿Acaso no saben que esta es la casa de un ogro que se come a los niñitos?

—¡Ay, señora! –le respondió Pulgarcito, temblando de la cabeza a los pies, al igual que sus hermanos–. ¿Qué haremos? Seguro que los lobos del bosque nos comerán esta noche si no nos da refugio en su casa. Siendo así, preferimos que sea el señor quien nos coma; tal vez se apiade de nosotros si usted se lo ruega.

Creyendo que podría esconderlos de su marido hasta la mañana siguiente, la mujer del ogro los dejó entrar y los llevó a calentarse junto a un buen fuego, pues había un cordero entero en el asador para la cena del ogro.

Cuando empezaban a entrar en calor, oyeron tres o cuatro fuertes golpes en la puerta: era el ogro que regresaba. Al punto su mujer los hizo esconder debajo de la cama y fue a abrir la puerta. Primero el ogro preguntó si su cena estaba lista y si habían sacado vino, y enseguida se sentó a la mesa. El cordero sangraba aún, pero por eso mismo le pareció mejor. Olfateaba a derecha e izquierda, diciendo que le olía a carne fresca.

—Tiene que ser –le dijo su mujer– el ternero que acabo de arreglar lo que le huele.

—Me huele a carne fresca, te repito –replicó el ogro mirando de reojo a su mujer, y aquí hay algo que no comprendo.

Al decir estas palabras, se levantó de la mesa y fue derecho hacia la cama.

—¡Ah! –dijo–. ¡Conque me quieres engañar, maldita mujer! ¡No sé por qué no te como a ti también! Tienes suerte de ser una bestia vieja. Estas presas me vienen muy a propósito para atender a tres amigos ogros que vendrán a verme en estos días.

Los sacó de debajo de la cama uno tras otro. Los pobres niños se arrodillaron pidiéndole clemencia; pero tenían que vérselas con el más cruel de todos los ogros quien, lejos de sentir piedad, ya se los comía con los ojos y le decía a su mujer que serían unos bocados exquisitos cuando ella les hubiera hecho una buena salsa.



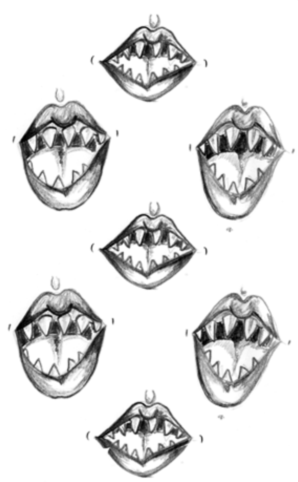
Fue por un cuchillo grande y, mientras se acercaba a los pobres niños, lo afilaba con una piedra larga que sostenía en la mano izquierda. Ya había agarrado a uno cuando su mujer le dijo:

—¿Qué quiere hacer a estas horas? ¿No tiene tiempo suficiente mañana?

—¡Cállate! –replicó el ogro–. Así estarán más tiernos.

—Pero todavía hay bastante carne –contestó su mujer–: hay un ternero, dos corderos y medio puerco.

—Tienes razón –dijo el ogro–. Dales de comer para que no adelgacen y llévalos a acostarse.



La buena mujer se puso muy contenta y les llevó una buena cena, pero no pudieron comer del susto que tenían. En cuanto al ogro, siguió bebiendo, feliz de tener algo tan bueno para agasajar a sus amigos. Se bebió unos doce tragos más que de costumbre, lo que le hizo doler un poco la cabeza y lo obligó a acostarse.

El ogro tenía siete hijas, muy niñas todavía. Las pequeñas ogresas tenían todas muy linda tez, pues comían carne fresca como su padre: pero tenían los ojitos grises y redondos, la nariz ganchuda y la boca muy grande, con largos dientes afilados y muy separados entre sí. Aún no eran malvadas, pero prometían bastante pues ya mordían a los niños para chuparles la sangre.

Las habían hecho acostarse temprano y estaban las siete en una cama grande, cada una con una corona de oro en la cabeza. En la misma habitación había otra cama del mismo tamaño: fue en esta cama donde la mujer del ogro hizo acostar a los siete niños, después de lo cual fue a acostarse junto a su marido.

Pulgarcito, quien se había fijado en que las hijas del ogro llevaban coronas de oro en la cabeza y temía que el ogro se arrepintiera de no haberlos degollado esa misma noche, se levantó en medio de la oscuridad y, tomando los gorros de sus hermanos y el suyo, fue muy pasito a ponerlos en la cabeza de las hijas del ogro después de quitarles las coronas de oro, que puso sobre las cabezas de sus hermanos y sobre la suya, para que el ogro los tomara por sus hijas, y a sus hijas por los niños que quería degollar. La cosa resultó como había pensado; pues el ogro, quien se despertó hacia la medianoche, se arrepintió de haber postergado para el día siguiente lo que podía ejecutar la víspera. Se echó, pues, bruscamente de la cama y, tomando su gran cuchillo:

—Vamos a ver –dijo– cómo van los peladitos. No lo pensemos más.

A oscuras subió entonces al cuarto de sus hijas y se acercó a la cama donde estaban los niños; dormían todos excepto Pulgarcito, quien tuvo mucho miedo cuando sintió la mano del ogro tantearle la cabeza, tal como había tanteado las de todos sus hermanos. El ogro, al sentir las coronas de oro:

—¡En verdad iba a hacer un hermoso trabajo! Bien veo que anoche bebí demasiado.

Acto seguido fue a la cama de sus hijas donde, luego de sentir los gorritos de los niños:

—¡Ah!, aquí están los muchachotes: trabajemos sin demora.

Al decir estas palabras, degolló a sus siete hijas sin pestañear. Muy satisfecho de su obra, regresó a acostarse junto a su mujer. En cuanto Pulgarcito escuchó roncar al ogro, despertó a sus hermanos y les dijo que se vistieran a toda prisa y lo siguieran. Bajaron muy pasito al jardín y saltaron por encima del muro. Corrieron casi toda la noche, temblando siempre y sin saber a dónde iban.

El ogro, ya despierto, le dijo a su mujer:

—Sube a preparar a esos muchachitos de anoche.

La ogresa quedó muy sorprendida ante la bondad de su marido, pues no sospechaba lo que entendía él por prepararlos y, creyendo que le ordenaba que fuera a vestirlos, subió y se sobresaltó al descubrir a sus siete hijas degolladas y nadando en sangre. Empezó por desmayarse (pues esta es la primera solución que encuentran casi todas las mujeres ante semejantes situaciones). El ogro, quien temía que la mujer tardara demasiado en cumplir su encargo, subió a ayudarla. Su asombro no fue menor que el de su mujer cuando vio aquel terrible espectáculo.

—¡Ay!, ¿qué he hecho? –clamó–. Me las pagarán, los desgraciados, y ya mismo.

Le echó enseguida un baldado de agua en la nariz a su mujer y, cuando ella hubo vuelto en sí, le dijo:

—Dame rápido mis botas de siete leguas, para ir a agarrarlos.



Salió a cazarlos y, después de correr por todos lados, por fin tomó el camino por donde huían los pobres niños, que estaban ya a solo cien pasos de la morada de su padre. Vieron al ogro ir de montaña en montaña y atravesar ríos con tanta facilidad como si fueran arroyos. Pulgarcito, tras descubrir una roca hueca cerca del lugar donde estaban, hizo esconder allí a sus hermanos y se metió también, sin perder de vista al ogro.

Agotado por el largo camino recorrido inútilmente, pues las botas de siete leguas cansan bastante a su dueño, el ogro quiso descansar y, casualmente, fue a sentarse sobre la roca donde se habían escondido los niños. Como ya no podía más, se quedó dormido después de descansar un rato y se puso a roncar de forma tan espantosa que los pobres niños sintieron tanto miedo como cuando sostenía su gran cuchillo para degollarlos. Pulgarcito tuvo menos miedo y les dijo a sus hermanos que huyeran de prisa a la casa, mientras el ogro seguía dormido, y que no se preocuparan por él. Siguieron su consejo y llegaron de inmediato a la casa.

Pulgarcito se acercó al ogro, le quitó las botas con cuidado y enseguida se las puso. Las botas eran muy grandes y anchas pero, como eran mágicas, tenían la virtud de agrandarse y achicarse de acuerdo con el tamaño de quien las calzara, de modo que se ajustaron a sus pies y a sus piernas como si se las hubieran hecho sobre medidas. Se fue directo a la casa del ogro, donde encontró a la mujer que lloraba junto a sus hijas degolladas.



—Su esposo –le dijo Pulgarcito– corre grave peligro: lo ha capturado una banda de ladrones que han jurado matarlo si no les entrega todo su oro y toda su plata. En el momento en que lo tenían con el puñal en la garganta,

me vio y me rogó que viniera a advertirle del estado en que se encuentra, y que le dijera que me entregue todo lo que tenga de valor sin conservar nada, o de lo contrario lo matarán sin piedad. Como el asunto es de mucha urgencia, quiso que me pusiera sus botas de siete leguas para que me apresurara y también para que usted no crea que soy un mentiroso.

La buena mujer, muy asustada, le entregó al punto todo lo que tenía, pues el ogro no dejaba de ser un excelente marido a pesar de que se comiera a los niños. Cargado, pues, con todas las riquezas del ogro, Pulgarcito regresó a la casa de su padre donde fue recibido con mucha alegría.

Hay muchas personas que no están de acuerdo con esta última circunstancia, y que pretenden que Pulgarcito nunca robó al ogro; que, a decir verdad, no tuvo reparo en quitarle sus botas de siete leguas porque solo las usaba para perseguir niños. Esas personas aseguran saberlo de buena fuente, incluso por haber bebido y comido en casa del leñador. Afirman que una vez Pulgarcito se calzó las botas del ogro, se presentó en la corte, donde sabía que estaban muy preocupados por un ejército que se hallaba a doscientas leguas de distancia, y por el éxito de una batalla que se había formado allá. Fue, dicen, a ver al rey y le dijo que si lo deseaba le traería noticias del ejército antes de que acabara el día. El rey le prometió una gruesa suma de dinero si le cumplía. Pulgarcito trajo las noticias esa misma tarde y, como ese primer encargo lo hizo famoso, ganó todo lo que quiso, pues el rey le pagaba divinamente por llevarle sus órdenes al ejército y un sinnúmero de damas le daban lo que quisiera con tal de tener noticias de sus amantes, lo que le dio las mayores ganancias. Había algunas mujeres que le encomendaban cartas para sus maridos, pero le pagaban tan mal y representaba tan poco que ni se dignaba a tener en cuenta lo que ganaba por ese lado. Después de trabajar por algún tiempo en el oficio de mensajero y de amasar muchos bienes, regresó junto a su padre, donde la alegría de volverlo a ver fue imposible de imaginar. Organizó a toda su familia con las mayores comodidades. Les compró cargos públicos nuevos a su padre y hermanos, de modo que los colocó a todos, y al mismo tiempo formó perfectamente su corte.

## Moraleja

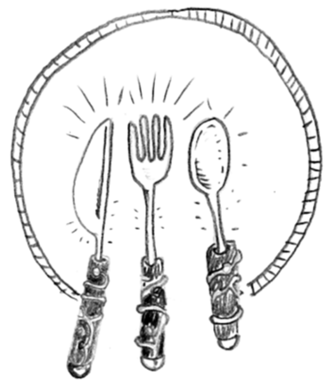
Tener muchos niños a nadie entristece
Si buena salud a todos embellece
Y su hermoso aspecto los hace brillar.
Mas si alguno es débil o tonto parece
Lo cubren de burlas que no se merece
Hasta que un día es precisamente ese
Quien trae la alegría a todo el hogar.

# La bella durmiente del bosque

Había una vez un rey y una reina que estaban tan tristes por no tener hijos, tan tristes que no hay cómo expresarlo. Fueron a todos los termales del mundo; votos, peregrinaciones, pequeñas devociones, todo se intentó pero nada dio resultado. Por fin, sin embargo, la reina quedó embarazada y dio a luz una niña: se hizo un hermoso bautizo; a la princesita le dieron de madrinas todas las hadas que se pudieron encontrar en el país (encontraron siete) para que, al concederle cada una de ellas un don como era costumbre de las hadas en aquella época, la princesa tuviera por este medio todas las perfecciones imaginables. Después de las ceremonias del bautizo, toda la comitiva regresó al palacio del rey donde se daba un gran festín para las hadas. Ante cada una de ellas se puso un cubierto magnífico, con un estuche de oro macizo que contenía una cuchara, un tenedor y un cuchillo de oro fino adornados con diamantes y rubíes.



Mientras cada cual ocupaba su puesto a la mesa, se vio entrar a un hada vieja a quien no habían invitado porque hacía más de cincuenta años que no había salido de una torre y se la creía muerta o encantada. El rey le hizo poner un cubierto, pero no hubo cómo darle su estuche de oro macizo como a las demás porque solo se habían mandado a hacer siete para las siete hadas. La vieja creyó que la despreciaban y murmuró entre dientes algunas amenazas. Una de las hadas jóvenes que se hallaba junto a ella la escuchó y, considerando que podría otorgarle algún don fatal a la princesita, en cuanto se levantaron de la mesa fue a esconderse detrás de la tapicería para hablar de última y así poder reparar en lo posible el mal que la vieja hubiera hecho.



Mientras tanto las hadas comenzaron a concederle sus dones a la princesa. La más joven le concedió el don de ser la persona más bella del mundo; la siguiente, que tendría la inteligencia de un ángel; la tercera, que pondría una gracia admirable en todo cuanto hiciera; la cuarta, que bailaría a la perfección; la quinta, que cantaría como un ruiseñor; y la sexta, que tocaría con virtuosismo toda clase de instrumentos. Llegado el turno de la vieja, agitando la cabeza más por despecho que por vejez, dijo que la princesa se pincharía la mano con un huso y que moriría. Este terrible don puso a temblar a toda la concurrencia y nadie pudo contener el llanto.



En ese momento la joven hada salió de detrás de la tapicería y en voz alta pronunció estas palabras:

—Tranquilícense, rey y reina, su hija no morirá; es cierto que no tengo suficiente poder para deshacer del todo lo que hizo mi antepasada. La princesa se pinchará la mano con un huso; pero en vez de morir, caerá solamente en un profundo sueño que durará cien años, al cabo de los cuales el hijo de un rey llegará a despertarla.

El rey, para tratar de evitar la desgracia anunciada por la vieja, hizo publicar de inmediato un edicto mediante el cual prohibía a todas las personas hilar con huso y mantener husos en casa, so pena de muerte. Al cabo de quince o dieciséis años, estando el rey y la reina en una de sus casas de recreo, sucedió que la joven princesa, quien correteaba por el castillo de habitación en habitación, llegó en lo alto de un torreón a un pequeño desván donde una buena vieja hilaba sola en su rueca.

Esta buena mujer no había oído hablar de las prohibiciones del rey al hilado con huso.

—¿Qué hace usted ahí, buena mujer? –dijo la princesa.

—Hilo, mi niña linda –le respondió la vieja, quien no la conocía.



—¡Ah, qué bonito! –replicó la princesa–. ¿Cómo lo hace? Déjeme ver si yo también puedo.

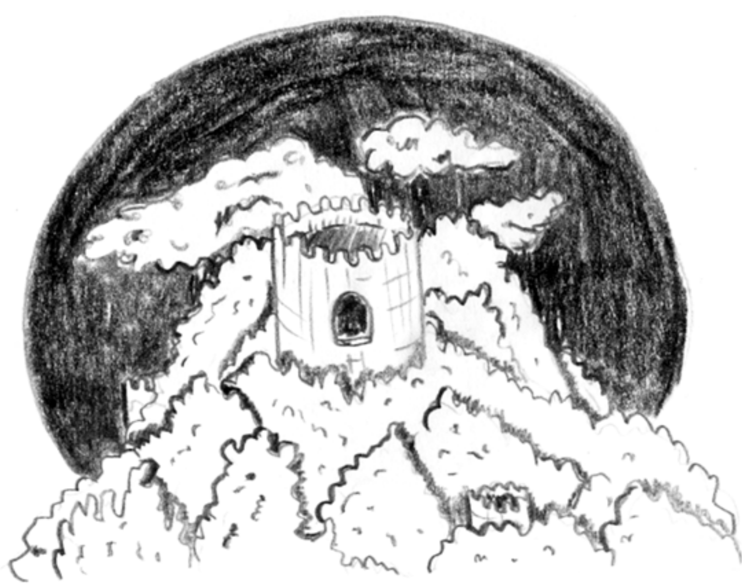
Apenas tomó el huso, como era tan vivaz, un poco despistada y como así lo ordenaba de hecho la predicción de las hadas, se pinchó la mano y cayó desmayada. La buena vieja, muy confundida, pide socorro: llegan de todos lados, echan agua al rostro de la princesa, le aflojan la ropa, le golpean las manos, le frotan las sienes con agua de la reina de Hungría, pero nada la hace volver en sí. Entonces el rey, quien había subido al sentir el griterío, recordó la predicción de las hadas y, considerando que aquello tenía que pasar porque así lo habían dicho las hadas, hizo poner a la princesa en los aposentos más hermosos del palacio, en un lecho bordado en oro y plata. Parecía un ángel de tan hermosa que se veía, pues el desmayo no le había quitado los vivos colores del cutis: sus mejillas estaban encarnadas y sus labios parecían de coral; solo tenía los ojos cerrados, pero se la oía respirar suavemente, lo que demostraba que no estaba muerta. El rey ordenó que la dejaran dormir en reposo hasta que llegara la hora de su despertar. El hada buena que le había salvado la vida al condenarla a dormir cien años estaba en el reino de Mataquín, a doce mil leguas de allí, cuando sucedió el accidente de la princesa, pero fue notificada en un instante por un enanito que tenía botas de siete leguas (eran unas botas con las que se recorrían siete leguas de una zancada).

El hada partió de inmediato y, al cabo de una hora, se la vio llegar en un carro de fuego tirado por dragones. El rey fue a darle la mano para que bajara del carro. Ella aprobó todo lo que él había hecho pero, como era sumamente previsora, pensó que cuando la princesa se despertara se confundiría mucho al verse sola en aquel viejo castillo: he aquí lo que hizo. Tocó con su varita todo cuanto había en el castillo (excepto al rey y a la reina): criadas, damas de honor, sirvientas,



gentilhombres, oficiales, mayordomos, cocineros, marmitones, mensajeros, guardias, suizos, pajes, lacayos; tocó también a todos los caballos que había en los establos, junto con los palafreneros, los grandes mastines del corral y la pequeña Pouffe, la perrita de la princesa, que estaba junto a ella en la cama. En cuanto los hubo tocado, se durmieron todos para solo despertarse al mismo tiempo que su ama, con el fin de que estuvieran prestos a servirla cuando los necesitara; hasta los asadores que estaban al fuego llenos de perdices y faisanes se quedaron dormidos, y también el fuego. Todo ello se hizo en un instante; las hadas no se demoraban en sus tareas. Entonces el rey y la reina, después de besar a su querida hija sin que despertara, salieron del castillo e hicieron publicar prohibiciones de acercarse a cualquier persona. Las prohibiciones no eran necesarias pues, al cabo de un cuarto de hora, creció alrededor del parque tal cantidad de árboles grandes y pequeños, de zarzas y espinos entrelazados unos con otros, que ni bestia ni hombre habría podido pasar, de suerte que ya solo se veía la parte superior de las torres del castillo, y eso desde muy lejos.

Nadie dudó de que nuevamente el hada hubiera recurrido a sus artes para que la princesa, mientras estuviera dormida, no tuviera nada que temer de los curiosos.



Al cabo de cien años, el hijo del rey que por entonces reinaba, y que era de una familia distinta a la de la princesa dormida, habiendo ido a cazar por

esos lados, preguntó qué eran aquellas torres que veía por encima de un gran bosque muy tupido; cada cual le respondió según lo que había oído decir. Unos decían que era un viejo castillo donde se aparecían fantasmas; otros, que todos los brujos de la comarca celebraban allí sus rituales. La opinión más común era que allí vivía un ogro, y que era adonde llevaba a todos los niños que lograba agarrar para comérselos a gusto y sin que lo pudieran seguir, pues solo él tenía el poder de abrirse camino a través del bosque.

El príncipe no sabía qué creer, hasta que un viejo campesino tomó la palabra y le dijo:

—Mi príncipe, hace más de cincuenta años le oí decir a mi padre que había en ese castillo una princesa, la más hermosa del mundo, que tenía que dormir cien años y que la despertaría el hijo de un rey, a quien le estaba reservada.

El joven príncipe, ante semejante discurso, se sintió arder; creyó sin vacilar que le pondría fin a tan bella aventura; e impulsado por el amor y por la gloria, resolvió ver inmediatamente de qué se trataba. Apenas avanzó hacia el bosque, todos aquellos árboles, zarzas y espinos se apartaron por sí mismos para dejarlo pasar. Caminó hacia el castillo que veía al final de una gran alameda a la que entró, y se sorprendió un poco al ver que nadie de su corte lo había podido seguir porque los árboles se habían cerrado en cuanto hubo pasado.

No se detuvo: un príncipe joven y enamorado siempre es valiente. Entró a un gran patio donde todo cuanto vio era capaz de helarlo de pavor: en medio de un silencio espantoso, la imagen de la muerte se le presentaba por doquier y solo veía cuerpos tendidos de hombres y animales que parecían muertos.



Advirtió, sin embargo, al ver las narices llenas de granos y los rostros colorados de los suizos, que solo estaban dormidos, y sus jarras en las que aún quedaban algunas gotas de vino bastaban para probar que se habían quedado dormidos bebiendo. Pasó por otro patio grande pavimentado de

mármol, subió la escalera, entró a la sala de los guardias que estaban formados en hilera con la carabina al hombro y roncaban de lo lindo.

Atravesó varios cuartos llenos de gentilhombres y damas, dormidos todos, unos de pie, otros sentados; entró en una habitación totalmente dorada y vio, sobre una cama cuyas cortinas estaban abiertas de todos lados, el más hermoso espectáculo que jamás hubiera visto: una princesa que parecía tener quince o dieciséis años, y cuyo brillo resplandeciente tenía algo de luminoso y divino. Se acercó, tembloroso y lleno de admiración, y se arrodilló junto a ella. Entonces, como el final del encantamiento había llegado, la princesa despertó; y mirándolo con unos ojos más tiernos de lo que la primera mirada parecía permitir, le dijo:

—¿Es usted, príncipe mío? Se hizo esperar bastante.

El príncipe, fascinado con estas palabras y aun más con la manera en que la princesa las decía, no sabía cómo manifestarle su alegría y agradecimiento; le aseguró que la amaba más que a sí mismo.



Sus discursos fueron torpes; así gustaron más; poca elocuencia, mucho amor. Estaba más confundido que ella, lo que no sorprende a nadie: ella había tenido tiempo de soñar con lo que le diría a él, porque parece (aunque la historia no lo dice) que el hada buena, durante tan largo sueño, le había deparado el placer de tener sueños agradables. En fin: hacía cuatro horas que hablaban y no se habían dicho todavía la mitad de las cosas que tenían que decirse.

Entretanto, todo el palacio se había despertado con la princesa; cada quien pensaba en cumplir su tarea y, como no todos estaban enamorados, se morían de hambre; la dama de honor, urgida como los demás, se impacientó y le dijo en voz alta a la princesa que la comida estaba servida. El príncipe ayudó a la princesa a levantarse; estaba completamente vestida y con gran magnificencia; pero se abstuvo de decirle que vestía como mi abuela y que llevaba un cuello almidonado, pues no por eso estaba menos hermosa. Pasaron a un salón de espejos y allí comieron, servidos por los oficiales de la princesa. Los violines y oboes tocaron piezas antiguas pero excelentes,

aunque hacía cerca de cien años que ya no se tocaran; y después de la comida, sin perder tiempo, el gran capellán los casó en la capilla del palacio y la dama de honor les corrió las cortinas. Durmieron poco: la princesa no tenía gran necesidad de hacerlo, y el príncipe la dejó en la madrugada para regresar a la ciudad, donde su padre debía de estar preocupado por él. El príncipe le dijo que se había perdido en el bosque mientras cazaba, y que había dormido en la choza de un carbonero que de comer le había dado pan negro y queso.

El rey, su padre, que era un buen hombre, le creyó; pero su madre no quedó muy convencida y, viendo que casi todos los días se iba de cacería y que siempre tenía una razón a la mano para excusarse cada vez que había pasado dos o tres noches por fuera, ya no dudó que él tuviera algún amorío: pues vivió con la princesa más de dos años completos y tuvo con ella dos hijos, de los cuales la mayor fue una niña a quien llamaron Aurora, y el menor un niño a quien llamaron Día porque parecía aun más hermoso que su hermana.

Varias veces le dijo la reina a su hijo, para hacerlo confesar, que en la vida había que darse gusto, pero él nunca se atrevió a confiarle su secreto; le tenía miedo a pesar de que la amaba pues ella era de la raza de los ogros, y el rey solo se había casado con ella por sus muchos bienes; incluso se murmuraba en la corte que tenía las inclinaciones de los ogros y que, al ver pasar niños, tenía que hacer todo el esfuerzo del mundo para aguantarse las ganas de abalanzarse sobre ellos, y por eso el príncipe jamás se atrevió a decirle nada. Mas cuando murió el rey, lo que sucedió al cabo de dos años, y el príncipe se convirtió en el amo, declaró públicamente su matrimonio y fue en gran pompa a traer a la reina, su mujer, hasta el castillo. Le hicieron un recibimiento magnífico en la capital, adonde entró en medio de sus dos hijos.

Algún tiempo después, el rey fue a hacerle la guerra al emperador Cantalabutte, su vecino. Dejó el gobierno en manos de la reina, su madre, y le recomendó que cuidara a su mujer y a sus hijos: estaría en guerra durante todo el verano. En cuanto se marchó, la reina madre envió a su nuera y a sus nietos a una casa de campo en el bosque para poder satisfacer sus

horribles deseos con mayor comodidad. Hasta allá fue algunos días más tarde y, una noche, le dijo a su mayordomo:

—Mañana para la cena quiero comerme a la pequeña Aurora.

—¡Ay, señora! –dijo el mayordomo.

—¡Lo quiero –dijo la reina (y lo dijo en tono de ogresa con ganas de comer carne fresca)–, y me la quiero comer en salsa Robert.



Aquel pobre hombre, consciente de que no podía desafiar a una ogresa, tomó su gran cuchillo y subió a la habitación de la pequeña Aurora: ella tenía entonces cuatro años y, entre saltos y risas, se le echó al cuello mientras le pedía caramelos. Él se puso a llorar, el cuchillo se le cayó de las manos y se fue al corral a degollar un corderito; y le hizo una salsa tan buena que su ama le aseguró que nunca había comido nada tan rico. Al mismo tiempo, había llevado con su mujer a la pequeña Aurora para que la escondiera en la pieza que tenía al fondo del corral.

Ocho días después, la malvada reina le dijo a su mayordomo:

—Para la cena quiero comerme al pequeño Día.

Él no respondió, decidido a engañarla como la otra vez; fue a buscar al pequeño Día y lo encontró con un florete chiquito en la mano, practicando esgrima con un gran mono aunque solo tenía tres años. Se lo llevó a su mujer, quien lo escondió con la pequeña Aurora, y en lugar del pequeño Día sirvió un cabrito muy tierno que la ogresa encontró admirablemente bueno.

Hasta entonces todo había salido bien; pero una noche la malvada reina le dijo al mayordomo:

—Quiero comerme a la reina con la misma salsa que sus hijos.

Fue entonces cuando el pobre mayordomo perdió la esperanza de poder engañarla de nuevo. La joven reina tenía poco más de veinte años, sin contar los cien que había dormido, y su piel era un poco dura a pesar de lo hermosa y blanca: ¿cómo encontraría un bicho así de duro en el corral? Tomó la resolución, para salvar su vida, de degollar a la reina, y subió a su habitación decidido a no flaquear; hizo de tripas corazón y, puñal en mano, entró a la alcoba de la joven reina. Sin embargo, no quiso tomarla por

sorpresa y, con mucho respeto, le informó de la orden que había recibido de la reina madre.

—Cumpla con su deber –le dijo ella tendiéndole el cuello–: ejecute la orden que le dieron. Iré a encontrarme con mis hijos, mis pobres niños a quienes tanto amé.

Pues los creía muertos desde cuando se los llevaron sin decirle nada.

—No, no, señora –le respondió el pobre mayordomo, compadecido–. No va a morir, ni tampoco dejará de reunirse con sus queridos hijos; pero será en mi casa, donde los escondí; y engañaré de nuevo a la reina, haciéndole comer una cierva en lugar de usted.

En el acto la llevó a su pieza, donde le permitió besar a sus hijos y llorar con ellos, y se fue a preparar una cierva que la reina se comió en la cena con el mismo apetito que si hubiera sido la joven reina. Se sentía muy satisfecha con su crueldad, y se preparaba para decirle al rey, cuando volviera, que los lobos rabiosos se habían comido a la reina, su mujer, y a sus dos hijos.

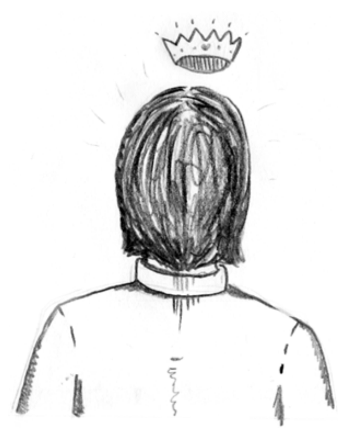
Una noche en que, como de costumbre, merodeaba por los patios y corrales del castillo para olfatear alguna carne fresca, oyó en una sala de la planta baja al pequeño Día que lloraba porque la reina, su madre, lo quería hacer azotar por haberse portado mal, y oyó también a la pequeña Aurora que pedía perdón para su hermano. La ogresa reconoció la voz de la reina y de sus hijos y, furiosa por haber sido engañada, al día siguiente por la mañana ordenó, con voz espantosa que hizo temblar a todo el mundo, que pusieran en medio del patio un gran tanque, y lo hizo llenar de sapos, víboras, culebras y serpientes, para que arrojaran en él a la reina y a sus hijos, al mayordomo, a su mujer y a su criada; había dado la orden de traerlos con las manos amarradas a la espalda. Ahí estaban, y los verdugos se preparaban para arrojarlos al tanque cuando el rey, a quien no esperaban tan pronto, entró en el patio a caballo; había cambiado de cabalgadura varias veces; preguntó, asombradísimo, qué significaba aquel horrendo espectáculo. Nadie se atrevía a explicarle; cuando de repente la ogresa, enfurecida de ver lo que veía, se lanzó ella misma de cabeza al tanque, donde fue devorada en un instante por las abominables bestias que había

mandado poner en él. El rey no dejó de afligirse, pues era su madre; pero pronto se consoló con su hermosa mujer y sus hijos.



## Moraleja

Esperar cierto tiempo a que aparezca un esposo
Que sea rico, galante, inteligente y hermoso
Es cosa apenas natural;
Esperar cien años, como la bella durmiente,
Resulta, por el contrario, muy poco frecuente
Y es un hecho muy anormal.
Parece que este cuento también nos quiere
enseñar
Que, aunque el amor en llegar a veces se
demore,
No será menos feliz quien en principio llore
Preocupado por esa espera de nunca acabar.
Pero es tanta la impaciencia
Del corazón por amar,
Que prefiero, por prudencia,



Mis consejos silenciar.

# Las hadas

Había una vez una viuda que tenía dos hijas; la mayor se le parecía tanto en el temperamento y el rostro que quien la veía, veía a la madre. Eran ambas tan desagradables y altaneras que no se podía vivir con ellas. La menor, quien era el vivo retrato de su padre por su dulzura e integridad, era además la joven más hermosa que jamás se haya visto. Como por naturaleza amamos a quien se nos parece, la madre enloquecía por su hija mayor y sentía al mismo tiempo una terrible aversión por la menor. La hacía comer en la cocina y trabajar sin descanso.



Entre otras cosas, la pobre niña debía ir dos veces al día a traer agua a media legua de la casa y volver con un gran cántaro lleno. Un día en que estaba en la fuente, acudió a ella una pobre mujer quien le rogó que le diera de beber.

—Sí, claro, mi buena señora –le dijo la hermosa niña.

Y enjuagando enseguida su cántaro, sacó agua del mejor lugar de la fuente y se la ofreció, sosteniendo siempre el cántaro para que bebiera con mayor comodidad. Una vez hubo bebido, la buena mujer le dijo:

—Eres tan hermosa, tan buena y tan amable que no puedo evitar hacerte un don (pues era un hada que se había transformado en una pobre mujer de pueblo para ver hasta dónde llegaba la gentileza de la joven). Te concedo el don –continuó el hada– de que con cada palabra que digas saldrá de tu boca una flor o una piedra preciosa.

Cuando la hermosa joven llegó a la casa, su madre la regañó por regresar tan tarde de la fuente.

—Le pido perdón, madre –dijo la pobre niña– por haberme demorado tanto.

Y al decir estas palabras, le salieron de la boca dos rosas, dos perlas y dos grandes diamantes.



—¿Qué veo? –dijo su madre, muy sorprendida–. Creo que le salen de la boca perlas y diamantes, ¿cómo es posible, hija mía? (Era la primera vez que la llamaba «hija».) La pobre niña le contó con ingenuidad todo lo que le había pasado, no sin arrojar un montón de diamantes.

—En verdad –dijo la madre– debo enviar allá a mi hija; mira, Fanchon, mira lo que le sale de la boca a tu hermana cuando habla. ¿No te gustaría tener el mismo don? Basta con que vayas a sacar agua a la fuente y, cuando una pobre mujer te pida de beber, se la ofrezcas muy amablemente.



—¡Bonito cuento! –respondió la grosera–. ¡Ir a la fuente!

—Quiero que vayas –replicó la madre– y de inmediato.

Fue, pero sin parar de refunfuñar. Tomó la botella de plata más bella que encontró en la casa. Tan pronto llegó a la fuente, vio salir del bosque a una dama magníficamente vestida que vino a pedirle de beber: era la misma hada que se le había aparecido a su hermana, pero que había asumido el

porte y el atuendo de una princesa para ver hasta donde llegaba la malignidad de esta joven.

—¿Acaso vine hasta aquí –le dijo esta grosera petulante– para darle de beber a usted? ¡Justamente traje adrede una botella de plata para darle de beber a la señora! Por lo que a mí respecta, beba directamente de ella si le da la gana.

—No eres nada amable –respondió el hada, sin enojarse–. Muy bien: como eres tan poco servicial, te concedo el don de que con cada palabra que digas saldrá de tu boca una serpiente o un sapo.

En cuanto la madre la vio llegar, le gritó:

—¿Y bien, hija mía?

—¿Y bien, madre mía? –le respondió la grosera, soltando dos víboras y dos sapos.



—¡Cielo santo! –exclamó la madre–. ¿Qué estoy viendo? Es culpa de tu hermana, me las pagará.

Y corrió a pegarle. La pobre niña huyó y fue a esconderse al bosque cercano.

El hijo del rey, quien regresaba de cazar, se la encontró y, al verla tan hermosa, le preguntó qué hacía allí sola y por qué estaba llorando.

—¡Ay, señor! Mi madre me echó de la casa.

El hijo del rey, quien vio cómo le salían de la boca cinco o seis perlas y otros tantos diamantes, le rogó que le explicara de dónde venía aquello. Ella le contó toda su aventura. El hijo del rey quedó enamorado y, considerando que semejante don valía más que todo cuanto se pudiera ofrecer al otro en matrimonio, la llevó al palacio del rey, su padre, donde la desposó.

En cuanto a su hermana, se hizo odiar tanto que su propia madre la echó de la casa; y la desdichada, después de ir de aquí para allá sin encontrar a nadie que quisiera recibirla, se fue a morir en lo profundo del bosque.

## Moraleja

Aunque los diamantes, las perlas y el oro
Reciben de todos el cabal aprecio,
No por ello resulta mayor su precio
Que de la palabra amable el gran tesoro.

## Otra moraleja

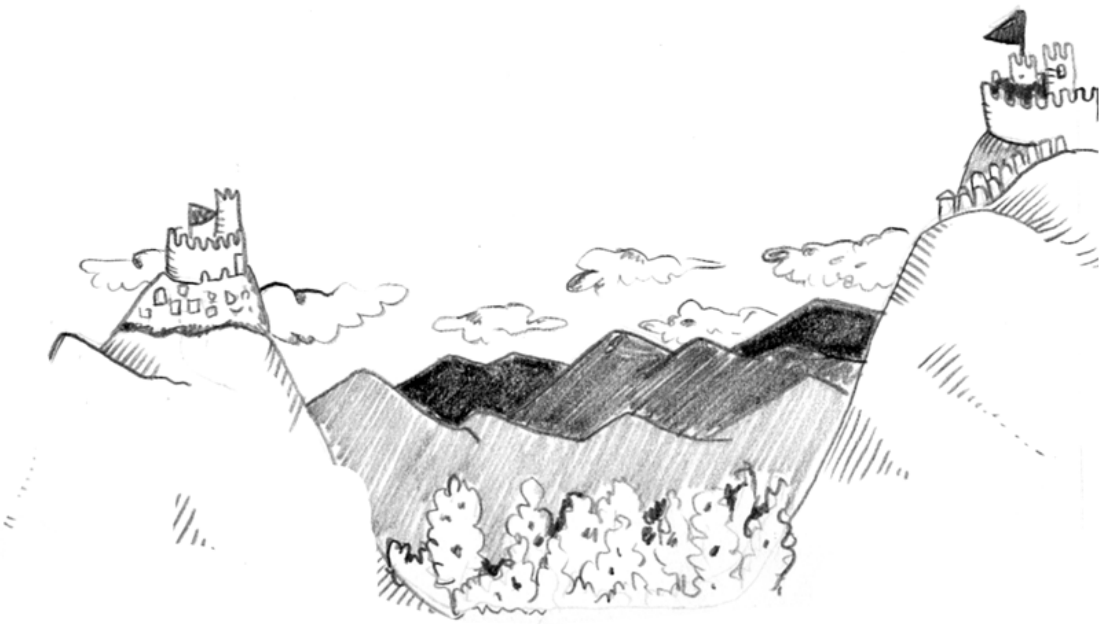
Si la gentileza has cultivado
Y la grosería te avergüenza,
Has de recibir tu recompensa
En el momento menos pensado.

# Riquet, el del copete

Había una vez una reina que dio a luz un hijo tan feo y contrahecho que por mucho tiempo se dudó de que tuviera forma humana. Un hada que asistió al nacimiento aseguró que el niño no dejaría de ser amado, pues tendría mucha inteligencia; y añadió incluso que podría, en virtud del don que ella acababa de concederle, darle tanta inteligencia como tuviera él a la persona que más quisiera. Todo ello consoló un poco a la pobre reina, quien estaba muy afligida por haber traído al mundo a un bebé tan espantoso. Cierto es que en cuanto el niño empezó a hablar dijo mil cosas bonitas, y que en todos sus actos había algo tan espiritual que resultaba encantador. Olvidaba decir que vino al mundo con un copetito de cabello sobre la cabeza, de modo que lo llamaron Riquet, el del copete, pues Riquet era el nombre de la familia.



Al cabo de siete u ocho años, la reina de un reino vecino dio a luz dos hijas. La primera que llegó al mundo era más hermosa que el día: la reina se alegró tanto que llegaron a pensar que tanta dicha podía hacerle daño. La misma hada que había asistido al nacimiento del pequeño Riquet, el del copete, estaba presente, y para moderar la alegría de la reina le anunció que la princesita no tendría nada de inteligencia, y que sería tan estúpida como hermosa. Aquello mortificó mucho a la reina; pero algunos momentos después tuvo una pena mayor, pues la segunda hija que dio a luz resultó fea en extremo.



—No se aflija tanto, señora –le dijo el hada–; su hija será recompensada, por cierto, y tendrá tanta inteligencia que casi no se notará su falta de belleza.

—Dios lo quiera –respondió la reina–. ¿Pero no habría alguna manera de que la mayor, que es tan hermosa, tuviera un poco de inteligencia?

—No puedo hacer nada por ella en cuanto a inteligencia –le dijo el hada–, pero lo puedo todo en cuanto a belleza; y como no hay nada que no haría por su satisfacción, voy a concederle el don de poder volver hermoso o hermosa a la persona a quien ella quiera.

A medida que las dos princesas fueron creciendo, sus perfecciones crecieron también con ellas y en todas partes solo se hablaba de la belleza de la mayor y de la inteligencia de la menor. También es cierto que sus defectos aumentaron bastante con la edad. La menor se ponía más fea a ojos vista, y la mayor se volvía más estúpida cada día. O no respondía nada cuando le preguntaban algo, o decía una tontería. Además era tan torpe que no hubiera podido poner cuatro porcelanas sobre el borde de una chimenea sin quebrar una, ni beber un vaso de agua sin regarse la mitad encima del vestido. Aunque la belleza sea una gran ventaja para una persona joven, la menor sin embargo sobrepasaba casi siempre a la mayor en todas las reuniones. Todos se acercaban primero a la más hermosa para verla y

admirarla, pero pronto se iban con la más inteligente para escucharle decir mil cosas agradables; y sorprendía que en menos de un cuarto de hora junto a la mayor no hubiera nadie y que todo el mundo rodeara a la menor.

La mayor, aunque bastante estúpida, se daba cuenta, y habría cedido sin remordimiento toda su belleza por tener la mitad de la inteligencia de su hermana.

La reina, aunque era muy prudente, no pudo evitar reprocharle varias veces su estupidez, lo que casi hizo morir de dolor a la pobre princesa. Un día, en que se había retirado a un bosque a lamentar su infortunio, vio venir a ella a un hombrecillo bastante feo y desagradable pero magníficamente vestido. Era el joven príncipe Riquet, el del copete, que, habiéndose enamorado de ella por sus retratos, que circulaban por todo el mundo, había dejado el reino de su padre para tener el placer de verla y de hablarle. Encantado de encontrarla así, completamente sola, la abordó con todo el respeto y cortesía imaginables. Al advertir, después de haberle hecho los elogios de rigor, que estaba muy melancólica, le dijo:

—No comprendo, señora, cómo una persona tan hermosa como usted puede estar tan triste como parece; porque aunque me jacto de haber visto infinidad de personas bellas, puedo decir que nunca vi a nadie cuya belleza se acercara a la suya.

—Habla para oírse, señor –le respondió la princesa, y no dijo más.



—La belleza –continuó Riquet, el del copete– es un privilegio tan grande que remplaza a todos los demás; y cuando uno la tiene, no veo que haya nada que pueda afligirnos mucho.

—Preferiría –dijo la princesa– ser tan fea como usted y tener inteligencia, a ser tan bonita y tan bestia.

—No hay nada, señora, que pruebe más la inteligencia que creer que no se tiene, y forma parte de la naturaleza de ese bien que cuanta más se posee menos se cree tener.

—Eso no lo sé –dijo la princesa–, pero sé bien que soy muy bestia y de ahí viene esta pena que me mata.

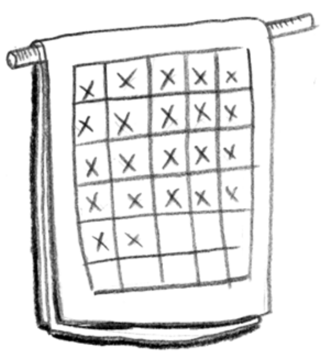
—Si solo es eso, señora, lo que la aflige, puedo fácilmente poner fin a su dolor.

—¿Y cómo lo haría? –dijo la princesa.

—Tengo el poder, señora –dijo Riquet, el del copete– de darle cuanta inteligencia pueda tener a la persona que más ame; y como usted, señora, es esa persona, solo dependerá de usted tener tanta inteligencia como desee con tal que quiera casarse conmigo.

La princesa quedó estupefacta y no respondió nada.

—Veo –prosiguió Riquet, el del copete– que mi propuesta la atribula, y no me sorprendo; pero le concedo un año entero para decidirse.



La princesa tenía tan poca inteligencia, y al mismo tiempo tantas ganas de tenerla, que supuso que el final de ese año jamás llegaría, de modo que aceptó la propuesta que se le hacía. Apenas le prometió a Riquet, el del copete, que se casaría con él en un año y en la misma fecha se sintió distinta a como era; descubrió una increíble facilidad para decir cualquier cosa que deseara, y a decirla de manera fina, graciosa y natural. Comenzó, desde ese mismo momento, una conversación galante y sostenida con Riquet, el del copete, en la que brilló con tanta fuerza que Riquet, el del copete, creyó haberle dado más inteligencia que la que había conservado para sí. Y una vez que hubo regresado al palacio, nadie en la corte sabía qué pensar de un cambio tan súbito y extraordinario

pues, así como antes se le había oído decir tantas impertinencias, ahora mismo decía cosas muy sensatas e infinitamente espirituales. Toda la corte experimentó una alegría inimaginable; solo su hermana menor no estuvo muy contenta, pues ya no tenía sobre la mayor la ventaja de la inteligencia y al lado suyo parecía una mona muy desagradable. El rey se regía por sus opiniones y a veces incluso celebraba el consejo en sus aposentos. Como el ruido de aquel cambio se había difundido, todos los príncipes jóvenes de los reinos vecinos se esforzaron por hacerse amar, y casi todos la pidieron en matrimonio; pero ella no encontraba ninguno que tuviera bastante inteligencia y los escuchaba a todos sin comprometerse con ninguno. Sin embargo, se presentó uno tan poderoso, tan rico, tan espiritual y bien plantado que no pudo evitar sentir buena voluntad por él.

Su padre, que se había dado cuenta, le dijo que la autorizaba a elegir a su esposo, y que solo tenía que declararse. Pero como mientras más inteligencia se tiene más se dificulta decidir sobre este asunto, le pidió, después de haber agradecido a su padre, que le diera tiempo para pensarlo. Fue por casualidad a pasear por el mismo bosque donde se había encontrado con Riquet, el del copete, para soñar imaginar cómodamente lo que debía hacer. Mientras paseaba, meditando profundamente, escuchó un ruido sordo bajo sus pies, como de varias personas que vienen y van y se afanan. Al prestar oído con mayor atención, oyó que alguien decía «tráeme esa olla», otro «dame aquel perol» y otro «métele leña a ese fuego».



En ese momento la tierra se abrió y vio a sus pies una especie de cocina grande llena de cocineros, pinches y toda suerte de oficiales necesarios para dar un magnífico festín. Salió de allí una banda de veinte o treinta parrilleros, que fueron a instalarse en un camino del bosque alrededor de una mesa muy larga, y todos, aguja de mechar en mano y cola de zorro sobre la oreja, se pusieron a trabajar rítmicamente al son de una canción armoniosa. La princesa, asombrada ante el espectáculo, les preguntó para quién trabajaban.

—Señora –le respondió el que parecía el jefe de la banda–, es para el príncipe Riquet, el del copete, cuyas nupcias se celebrarán mañana.

La princesa, más sorprendida aun, y recordando de repente que ese día se cumplía un año de haberle prometido al príncipe Riquet, el del copete, que se casaría con él, creyó desmayarse. No lo había recordado porque cuando hizo la promesa era estúpida pero, al recibir la nueva inteligencia que el príncipe le entregó, olvidó todas sus tonterías. Prosiguiendo su paseo, no había alcanzado a caminar treinta pasos cuando Riquet, el del copete, se presentó ante ella, elegante, magnífico, como un príncipe a punto de casarse.

—Aquí me ve –dijo–, señora: puntual para cumplir mi palabra, y no me cabe duda de que usted vino a cumplir la suya y a convertirme, al concederme su mano, en el más feliz de todos los hombres.

—Le confesaré francamente –respondió la princesa– que aún no he tomado mi decisión al respecto, y no creo que nunca pueda tomarla tal como usted desea.

—Me sorprende, señora –le dijo Riquet, el del copete.

—Le creo –dijo la princesa–, y estoy segura de que si tuviera que lidiar con un patán, con un hombre sin inteligencia, estaría en un gran aprieto. Una princesa solo tiene su palabra, me diría, y tiene que casarse conmigo puesto que me lo prometió; pero como le hablo al hombre más inteligente del mundo, estoy segura de que atenderá razones. Usted sabe que, cuando no era más que una estúpida, no pude sin embargo decidirme a casarme con usted. ¿Cómo quiere que, teniendo la inteligencia que usted me ha dado, que me vuelve aun más exigente hacia las personas de lo que ya era, tome

hoy una decisión que no pude tomar en aquella época? Si de todos modos piensa casarse conmigo, cometió un gran error al quitarme mi estupidez y permitirme ver más claro que antes.



—Si a un hombre sin inteligencia –respondió Riquet, el del copete– le permitiría, como acaba de decirlo, reprocharle por su falta de palabra, ¿por qué quiere, señora, impedírmelo a mí en un asunto del que depende toda la felicidad de mi vida? ¿Acaso es razonable que las personas inteligentes estén en peor condición que quienes no la tienen? ¿Puede pretenderlo, usted que tanta inteligencia tiene y que tanto quiso tenerla? Pero vamos a los hechos, por favor. Aparte de mi fealdad, ¿existe algo en mí que le desagrade? ¿Le disgustan mi linaje, mi inteligencia, mi carácter o mis modales?



—De ninguna manera –respondió la princesa–; me gusta en usted todo cuanto acaba de mencionarme.

—Si eso es así –repuso Riquet, el del copete–, seré feliz puesto que usted puede convertirme en el más amado de los hombres.

—¿Cómo podría hacerlo? –le preguntó la princesa.

—Así será –respondió Riquet, el del copete– si usted me ama lo bastante para desear que así sea. Y para que no le quepa la menor duda, señora, sepa que la misma hada que el día de mi nacimiento me concedió el don de poder volver inteligente a la persona que me gustara, también le concedió a usted el don de poder de volver hermoso a aquel que ame y a quien quiera mucho hacerle este favor.

—Si así es la cosa –dijo la princesa–, deseo con todo mi corazón que usted se convierta en el príncipe más hermoso y atractivo del mundo; y le hago este don en la misma medida en que lo tengo yo.

Apenas la princesa pronunció estas palabras, Riquet, el del copete, apareció ante sus ojos como el hombre más hermoso, proporcionado y atractivo que jamás hubiera visto en el mundo. Algunos aseguran que no fue que obraran los encantamientos del hada, sino que solo el amor logró

esa metamorfosis. Dicen que la princesa, quien había reflexionado sobre la perseverancia de su amante, sobre su discreción y sobre todas las buenas cualidades de su alma y de su espíritu, dejó de ver la deformidad de su cuerpo y la fealdad de su rostro; que su joroba ya no le pareció sino la postura de un hombre concentrado en sus pensamientos, y que si antes lo había visto cojear espantosamente, ahora solo le encontraba cierta encantadora inclinación; también dicen que sus ojos, que eran bizcos, solo le parecieron más brillantes, que en su desajuste su espíritu veía la marca de un violento exceso de amor y que, finalmente, su gran nariz roja tenía para ella algo de marcial y heroico.



Comoquiera que sea, la princesa le prometió en el acto casarse con él, siempre y cuando obtuviera el consentimiento del rey, su padre. Como el rey sabía que su hija tenía en alta estima a Riquet, el del copete, a quien consideraba por cierto un príncipe muy espiritual y sabio, lo recibió complacido como yerno. Al día siguiente mismo se celebró la boda tal como Riquet, el del copete, lo había previsto, y según las órdenes que había impartido tiempo atrás.

## MORALEJA

En este escrito, lo que tú ves,
Más que otro cuento, la verdad es.
Pues como el amor lo embellece todo,
Así mismo el amor lo comprende todo.

## Otra moraleja

Allí donde la naturaleza
Haya puesto rasgos de singular belleza
Que ningún arte lograría imitar,
No bastará tal don al corazón sensible
Para conmoverse, sino el pacto invisible
Que solo el amor logrará conquistar.